



## HOSTIS ANTE PORTAS. EL PODER, LA GUERRA Y LA FIGURA DEL ENEMIGO EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Valerio d'Angelo <sup>1</sup>  
LUISS Guido Carli (Roma)

### Resumen:

En este artículo me propongo enmarcar la evolución de la figura del enemigo político al interior de la más general evolución del ordenamiento del sistema internacional. La tesis que se afirma es que la detección del enemigo es siempre una construcción discursiva consecuente a las transformaciones del poder hegemónico y de su manera de conducir una guerra. Ilustraré por lo tanto los cambios históricos que la noción de enemigo ha sufrido, desde Westfalia hasta los modernos programas de contrainsurgencia. Detectaré tres grandes marcos (el mundo Westfaliano, la Guerra Fría, el post-11/S) donde un cambio significativo del equilibrio del poder conlleva un cambio en su capacidad de librar una guerra y, de ahí, una distinta identificación de la figura del enemigo.

**Palabras clave:** soberanía, enemigo político, guerra, contrainsurgencia.

*Title in English: "Hostis ante Portas: Power, War and Conceptualisation of the Enemy in the Realm of International Relations"*

### Abstract:

*In this article I propose to frame the evolution of the figure of the political enemy in the general evolution of the international system order. The thesis I want to maintain is that the detection of the enemy is always a discursive construction consequent to the transformations of the hegemonic power and of its way of making war. I will illustrate therefore the historical changes that the enemy's notion has suffered, from Westfalia up to the modern programs of counterinsurgency. I will present three big macro-frames (Westfalian order, the Cold War, and the post-11/S) where a significant shift in the balance of power implies a change in their ability to wage war and also a different identification of the figure of the enemy.*

**Keywords:** Sovereignty, public enemy, war, counterinsurgency.

Copyright © UNISCI, 2015.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI*

---

<sup>1</sup> Valerio D'Angelo es licenciado en Ciencias Políticas por la LUISS Guido Carli de Roma y magíster en Relaciones Internacionales por la misma Universidad.  
Email: [valeriodangelo@ymail.com](mailto:valeriodangelo@ymail.com).



"Hay que tener cuidado al elegir a los enemigos porque uno termina pareciéndose a ellos"

Jorge Luis Borges

## 1. Introduction

Thomas Hobbes es generalmente considerado el padre de la filosofía política moderna y aquél que, sistematizando la intuición de Maquiavelo acerca de la naturaleza política de la guerra <sup>2</sup>, conectó de manera indisoluble el tema de la soberanía con el de la práctica bélica. Hobbes realiza una revolución copernicana en la teoría política moderna, hallando una justificación del poder soberano desprendida de las determinaciones naturales de corte aristotélico <sup>3</sup>, y basada a cambio en un acuerdo voluntario y vinculante entre los contrayentes. La conocida visión hobbesiana del estado de naturaleza como condición de inseguridad y de amenaza constante para la vida (el famoso *bellum omnium contra omnes*), hace necesario un contrato en base al cual todos y cada uno de los contrayentes renuncien al uso privado de la fuerza y establezcan un poder común que garantice la paz funcional al florecimiento del comercio y de las artes. Esto es, a la seguridad de una vida cómoda <sup>4</sup>. Pues, si la guerra y la inseguridad son las características del estado de naturaleza, la paz y la seguridad han de ser los objetivos del estado civil. Ésta es la garantía que el Leviathan asegura a los súbditos y que funda su legitimidad <sup>5</sup>. Por esto, la única posibilidad de rescindir del contrato (y distintamente de los autores liberales como Locke que ponían muchas ataduras al poder estatal <sup>6</sup>) es la falta de cumplimiento de la garantía de paz. Pues, en Hobbes, guerra y soberanía están relacionadas en un doble sentido: no sólo el soberano cobra su legitimidad en virtud de su capacidad de

<sup>2</sup> Nicolás Maquiavelo fue sin duda el primer pensador que, colindando los bordes de la modernidad, entendió la centralidad de la relación entre política y guerra, que se volverá el lema de toda la ciencia política sucesiva. Dando una vuelta a la tradición del humanismo cívico que imperaba en la Florencia del siglo XVI y que identificaba la finalidad de la política con el bien público (la República), el Secretario afirma la lucha por el poder como el verdadero núcleo de la acción política, a menudo indiferente a los tradicionales apartados morales o éticos. Según él, la política, más bien que libre espacio del consenso, es el terreno del conflicto en el cual se mueven actores pasionales motivados por la ambición, la crueldad o el temor. La finalidad de la labor intelectual de Maquiavelo era de sacar a Italia del caos en el cual se encontraba, dividida en cinco reinos, y reunirla bajo el mando de un príncipe (concretamente: César Borgia). Pues, no puede haber política, entendida como conservación y aumento del poder, sin uso de la fuerza o, en las palabras del propio autor, la "buene legge" procede de la "buene arme" como fundamento del Estado. El secretario florentino, dando una vuelta a las teorías medievales del derecho, entiende muy lúcidamente que la legalidad no reside en instancias morales o de otro tipo, sino en la mera coacción: "los principales fundamentos que pueden tener todos los Estados, tanto los nuevos como los antiguos y mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas. Y como no puede haber buenas leyes donde no haya buenas armas, y donde hay buenas armas, conviene que haya buenas leyes" (Maquiavelo, Nicolás (1991): *El príncipe*, Madrid, Alianza Editorial, p. 176.)

<sup>3</sup> Aristóteles (1986): *Política (Libro I)*, Madrid, Ediciones Alba.

<sup>4</sup> Hobbes, Thomas, (2010): *De cive. Elementos filosóficos sobre el ciudadano*, Madrid, Alianza Editorial, p. 50.

<sup>5</sup> Como han notado Laclau y Zac, el poder absoluto no tiene ningún contenido y su única justificación es que *el otro* del poder es el desorden; entonces, el poder se vuelve legítimo de por sí, independientemente de su contenido real, es decir, el poder no tiene una forma privilegiada hasta que cumpla su función de garantizar el orden; Laclau, Ernesto y Lilian Zac: "Minding the gap: the subject of politics", en Laclau, Ernesto (eds.) (1994): *The making of political identities*, Londres, Verso, pp. 11-39.

<sup>6</sup> La necesidad del Estado, según Locke, tiene la única finalidad de proteger la propiedad privada, cuya existencia e importancia están reconocidos por la razón. En Locke, pues, la propiedad antecede al Estado, que está siempre supeditado a una serie de principios inviolables, es decir, los derechos naturales de los hombres; por esto, si el Estado no tiene otra misión que esa, es lógico que el poder no haya de residir en la figura del soberano, sino en el pueblo mismo, expresado en la figura de la asamblea legislativa. Así, si el soberano se coloca por encima de la ley, y no por debajo como le compete, puede ser depuesto por el pueblo en todo momento. Se nota una evidente diferencia con respecto a Hobbes que en cambio, piensa en un Estado que una vez formado, es indisoluble en cuanto el Leviathan no es parte del contrato sino solo el beneficiario del mismo (Locke, John (2006) *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Bogotá, Tecnos, pp. 7-22).



exorcizar la guerra de todos contra todos (estado de naturaleza) e instaurar el estado de paz (estado civil), sino que el propio mantenimiento del estado de paz necesita del uso soberano de la violencia:

"Los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre, de modo alguno"<sup>7</sup>

Un concepto que el filósofo inglés repite frecuentemente a lo largo de su obra <sup>8</sup>. En cierto sentido Hobbes realiza a nivel teórico aquella operación que Maquiavelo intentó realizar a nivel práctico. Éste último se propuso superar la geopolítica medieval de Italia (dividida en cinco reinos), donde soberanía y uso de la fuerza seguían siendo elementos descentrados y desconectados entre ellos. El soberano de hecho no disponía del monopolio de la violencia y se veía obligado a pactar una y otra vez las condiciones de lealtad que sus inferiores le brindan. Con ello, él era totalmente dependiente de sus vasallos por lo que se refería a la protección de los confines en caso de guerra o invasión<sup>9</sup>. Frente a tal disgregación del poder, la teoría hegemónica de Maquiavelo no sólo se proponía re-dibujar el paisaje geopolítico, sino sobre todo engendraba un nuevo tipo de relación entre soberanía y guerra, donde la violencia política se volvía el medio para el mantenimiento del poder centralizado<sup>10</sup>. De la misma manera, el Leviathan hobbesiano cobra su legitimidad en función de la disgregación que subsiste en el estado de naturaleza. La violencia estatal es entonces el medio para el mantenimiento de la paz, y cumple el papel de contener los envites disgregadores presentes en el estado de naturaleza. La violencia, en pocas palabras, sólo va dirigida contra el caos *potencial* siempre presente en el interior de la unidad político-territorial<sup>11</sup>. De lo dicho hasta ahora, se nota inmediatamente que no hay en Hobbes una visión propiamente política del enemigo, sino como mucho antropológica: enemigo es cualquier hombre para el hombre. Pues, el enemigo "natural" sólo puede existir en el estado de naturaleza, en cuanto la enemistad queda desterrada una vez que el soberano haya centralizado la violencia y apaciguado el territorio. Al mismo tiempo sería igualmente incorrecto afirmar que la figura del enemigo desaparece por completo, en cuanto él sigue existiendo como enemigo externo, es decir, otro Estado. El sistema internacional "hobbesiano" es un sistema profundamente anárquico, donde los Estados se hallan entre ellos en una condición parecida al estado de naturaleza. Todos son una amenaza constante para todos (lo cual prospectando la posibilidad, escondida e inquietante, de una vuelta al estado de naturaleza<sup>12</sup>).

Ahora bien. El discurso hobbesiano que hemos ilustrado cobra importancia a la luz de los acontecimientos históricos de entonces. La paz de Westfalia (1648), que pone fin a la

<sup>7</sup> Hobbes, Thomas (1940): *Leviathan*, México, FCE, p. 137.

<sup>8</sup> "Los lazos de las palabras son demasiado débiles para refrenar la ambición humana, la avaricia, la cólera y otras pasiones de los hombres, si éstos no sienten el temor de un poder coercitivo" *Ibid.*, p. 112

<sup>9</sup> Sabine George H. (1990): *Historia de la teoría política*, México, FCE, pp. 182-183.

<sup>10</sup> Por esto, con razón Althusser definió a Maquiavelo como el primer teórico consciente de la "*naturaleza política* de la guerra, y de la necesidad de dar a las formas y a los medios de la violencia un *contenido político*" (Althusser, Luis (2007): *Política e historia, de Maquiavelo a Marx*, Madrid, Katz editores, p. 213).

<sup>11</sup> Wolin, Sheldon (2003): *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrutu Editores, p. 285

<sup>12</sup> Hobbes vivió en primera persona, y de manera traumática, los acontecimientos políticos de su época. Él nació prematuramente debido, según él mismo cuenta, a que su madre había oído de la inminente invasión de la armada española. En éste momento, nos cuenta el filósofo, la madre parió dos hijos "yo mismo y el miedo", su hermano gemelo que le acompañó durante toda la vida y que seguramente es responsable de buena parte de su pensamiento (Hobbes, Thomas (1992): "Vida de Thomas Hobbes de Malmesbury escrita en verso por el autor" en *Dialogo entre un filósofo y un jurista y escritos autobiográficos*, Madrid, Tecnos, p. 151).



sangrienta Guerra de los treinta años, marca el paso desde la geopolítica medieval hacia el sistema jurídico-político moderno. Y lo hace en un doble sentido.

Primero, decreta el nacimiento de un nuevo sujeto jurídico, el Estado-nación, con derecho a declarar la guerra a otros Estados en una condición de igualdad. Westfalia engendra una relación "ontológica" entre soberanía y guerra, como confirma Charles Tilly cuando dice que la guerra moderna, que tiene en el choque de fuerzas su momento decisivo y su finalidad, sirve exactamente para la consolidación del Estado-nación, el establecimiento de sus confines territoriales y el apoderamiento de sus recursos: "la guerra hizo los Estados y viceversa"<sup>13</sup>. Pues, a través de la guerra, los Estados monopolizaron poco a poco el uso de la violencia organizada, no sólo creando un ejército regular, sino una entera máquina burocrática que servía para la guerra, desde la recaudación de los impuestos hasta una mejora de la eficiencia administrativa y de los servicios públicos. El Leviathan se impone como el supremo decisor acerca del estado de guerra, como es evidente en la relación, simbólica y práctica, entre la figura del soberano y la del soldado<sup>14</sup>. Segundo, con Westfalia se establece el verdadero estatus jurídico del enemigo, el *iustus hostis*. Las guerras de religión habían sido extremadamente disruptivas para la vieja Europa, en última instancia por el estatus que se le atribuía el enemigo, descrito a menudo como un infiel o un bárbaro, y por ello merecedor de ser aniquilado. Esta categorización moral del enemigo estaba íntimamente relacionada a la presunción que cada parte beligerante tenía, de estar luchando por la *iusta causa* (que, como tal, lo permitía todo). En cambio, a partir de Westfalia, hay un cambio neto de atención desde la motivación de la guerra (*iusta causa*) hasta la condición de la misma. Con Westfalia finalmente se reconoce el status de enemigo justo (*iustus hostis*), dotado de iguales derechos. Nótese que este esquema, en base al cual los Estados-naciones, esto es, los únicos sujetos del derecho internacional, no reconocen ninguna autoridad a ellos superior, se ha quedado sustancialmente invariado durante siglos y sigue siendo el marco jurídico que regula el moderno derecho internacional<sup>15</sup>. Para resumir: con Westfalia, junto al Estado, nace la figura del *enemigo político* como categoría jurídico-política al cual se le reconocen derechos y deberes<sup>16</sup>. Si esto por un lado limita la destructividad en caso de guerra, en tanto que el enemigo es un propio par que tiene una serie de derechos en un régimen de reciprocidad (por ejemplo, con el enemigo se puede pactar en el curso de un conflicto), por el otro se vincula la decisión acerca del enemigo sólo y únicamente al Estado. El Estado es el único que tiene el derecho de decidir quién es el enemigo. Carl Schmitt ha dedicado una importante reflexión, en su exitoso *El concepto de lo político* (1932), a este tema. El autor encuentra el carácter específico y exclusivo de lo político en la bien conocida distinción amigo/enemigo:

"la distinción política, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*"<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Tilly, Charles (1990): *Coercion, Capital and European States AD 990-1900*, Oxford, Basil Blackwell, p. 67.

<sup>14</sup> El soldado se volvió el hombre del rey porque vestía el uniforme del rey, así como los reyes vestían más frecuentemente la divisa, exactamente para enseñar su posesión del uso de la fuerza y el hecho de estar realmente al mando de la institución (Roberts, Michael: "The Military Revolution 1560-1660", en Ralston, David. B. (1996): *Soldiers and States. Civil-Military Relations in Modern Europe*, Boston, Heath and Company, p. 18).

<sup>15</sup> Falk, Richard. A: "The Interplay of Westphalia and Charter Conceptions of International Legal Order", en Blach Cyril y Richard A. Richard (1969): *The Future of International Legal Order*, vol. I, Princeton, Princeton University Press, 1969.

<sup>16</sup> Las nociones a las que nos referimos son la de derecho a entrar en guerra (*jus ad bellum*), y el de la justa conducta en guerra (*jus in bello*), que implica el reconocimiento del enemigo como un igual con los mismos derechos. Ambas concepciones han contribuido, durante siglos, a poner fuera de la ley las formas irregulares de violencia.

<sup>17</sup> Schmitt, Carl (2009): *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial, p. 56.



La lógica amigo/enemigo, dice Schmitt, corresponde a las respectivas distinciones típicas de otras áreas (guapo/feo en la esfera estética, bueno/malo en el ámbito moral, rentable/no rentable en el campo económico, etc.) y sin embargo, respecto a ellas, lo político goza de una cierta primacía, siendo el "más fuerte y más intenso de las agrupaciones y distinciones"<sup>18</sup>. Esta importancia se vuelve evidente en el caso más extremo en el cual tropieza toda agrupación social, esto es, la *guerra*, en la cual la distinción amigo-enemigo sobresale todas las otras distinciones. En pocas palabras: lo político obliga a tomar la decisión política por excelencia, es decir distinguir los amigos de los enemigos. Ante la posibilidad extrema de un combate real, la vida del hombre adquiere su tensión específicamente política:

"los conceptos de amigo, enemigo, y lucha adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de matar físicamente. La guerra procede de la enemistad ya que ésta es la negación óptica de un ser distinto. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad"<sup>19</sup>

Sin embargo, la referencia de Schmitt a la guerra y a la muerte no indica que la guerra constituya la esencia de lo político, sino más bien la *posibilidad* de la pugna entre los antagonistas (los amigos contra los enemigos). De hecho, según él, la aniquilación total del enemigo implicaría la muerte misma de lo político: para que haya enemistad (y entonces política), el enemigo tiene que ser real y no se le puede anular completamente o tampoco reconducir al bando de los amigos. Éste último caso, repetimos, el de un mundo completamente pacificado donde haya desaparecido toda enemistad, "sería un mundo sin política"<sup>20</sup>. En conclusión: por decirlo con Alessandro Dal Lago, el conflicto es la condición ontológica de lo político<sup>21</sup>.

Desde una perspectiva conservadora, Schmitt lamenta la progresiva pérdida, por parte del Estado, del monopolio de lo político: en la época moderna, el Estado era el supremo decisor de la lógica amigo-enemigo y, por ende, el único artífice de lo político en cuanto tal. A cambio, hoy en día el aparato estatal se ve enfrentado a una "sociedad" que le influencia y le coloniza con sus pedidos y sus problemas, lo cual da lugar a una contaminación recíproca entre lo que antes era propiamente político, es decir el Estado, y lo que no lo era, es decir lo social<sup>22</sup>. Tras ésta recíproca contaminación, todo se vuelve potencialmente político y el Estado se vuelve sólo *un* campo en el cual se desarrolla la lucha amigo-enemigo, pero ya no el ámbito exclusivo de ella. Además, mientras antes lo político delineaba los confines exteriores de las unidades políticas delimitando las relaciones entre Estados y el conflicto entre ellos, ahora ésta dualidad ya no es tan determinante, habiéndose la lógica amigo-enemigo desplazado desde el exterior (las relaciones internacionales) hacia el interior de las unidades políticas, como nos dice el propio Schmitt en el prefacio de la edición italiana de *El concepto de lo político*:

"El perfil clásico del Estado se desvaneció cuando disminuyó su monopolio de la política y se instalaron nuevos y diversos sujetos de la lucha política, con o sin Estado, con o sin contenido estatal. Con ello surge una nueva fase de reflexión para el pensamiento político. Se comienza a distinguir la *política* de *lo político*, y el problema de los nuevos titulares y de los nuevos sujetos de la realidad política deviene el tema central de toda la compleja problemática de lo "político". Aquí se ubica el inicio y el sentido de todas las

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> *Ibid.*, p.63.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>21</sup> Dal Lago, Alessandro: "El sentido de las palabras", en Rivero, Martha (1990): *Pensar la política*, Instituto de Investigaciones Sociales, México, UNAM, pp. 165-166

<sup>22</sup> Schmitt, "El concepto...", *op cit.*, p. 53.



tentativas por individualizar los múltiples nuevos sujetos de lo "político" que devienen activos en la realidad política de la política, estatal o no estatal, dando origen a reagrupamientos *amigo-enemigo* de nuevo tipo"<sup>23</sup>

Por lo tanto, mientras la noción de lo político se engrandece, incluyendo nuevos protagonistas, la política queda reducida al ejercicio del poder estatal. El gran error que Schmitt atribuye al odiado Estado liberal es precisamente lo de pretender apaciguar la conflictividad social *sin* la intervención del Estado o, podríamos decir, de hacer política sin lo político. Pero desterrar la guerra, como quieren hacer los liberales, sería a la vez paradójico e imposible, siendo la guerra lo que más propiamente pertenece a la oposición amigo-enemigo. En conclusión: hoy en día, el Estado ya no es la institución que se sitúa por encima de la sociedad civil, ya no garantiza el orden y la seguridad interna de la nación, ya no es el invencible Leviathan hobbesiano, sino un teatro en el que se combate una pluralidad de luchas. Por lo tanto, ello pierde el monopolio de la "decisión última" y se convierte en una institución débil y no soberana<sup>24</sup>. Frente a la ceguera liberal, la alternativa propuesta por Schmitt es cobrar conciencia de la guerra y del conflicto como factores esenciales de lo político y, por ende, restablecer la supremacía estatal en la decisión acerca del enemigo. Pero éste, precisa el jurista alemán, tiene siempre que ser entendido como el *enemigo real* y no *absoluto*:

"es simplemente el otro, el extraño [...] El enemigo es sólo el enemigo *público*... es el *hostis*, no el *inimicus* en sentido amplio"<sup>25</sup>.

No se le combate como enemigo privado (si fuera así se trataría de un *inimicus* no de un *hostis*) o personal a quien uno odia y por esto no es imprescindible, en la lucha pública, odiarle (como se odiaría a un enemigo privado) porque

"el enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; no hace falta que se erija en competidor económico, e incluso puede tener sus ventajas negociar con él. Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo"<sup>26</sup>

Pues, el enemigo público (el *hostis*) es simplemente lo que nosotros no somos, es aquello que es diferente (destaca además el hecho que Schmitt defina al amigo solo de forma indirecta, por referencia al enemigo)<sup>27</sup>. El autor renuncia de esta manera a marcar una distinción valorativa para calificar al adversario. Pues, al enemigo real se le reconoce su dignidad, es decir, se toma conciencia de su diversidad y se le reconoce el derecho a defender sus valores y, por esto, a declarar guerra:

<sup>23</sup> Schmitt C., (1971): Premessa all'edizione italiana de *Le categorie del politico*, Bologna, Il mulino, pp. 24-25.

<sup>24</sup> Los constitucionalistas burgueses (el blanco de Schmitt es sobre todo Hans Kelsen) son los responsables de este cambio de rumbo: ellos desconocen la "esencia" de la institución estatal, es decir la de tomar la decisión acerca de la legitimidad e ilegitimidad creando así el derecho y dando curso a la expresión hobbesiana: *auctoritas, non veritas, facit legem*. Soberano es aquel que crea el orden gracias a la condición necesaria (pero no suficiente) del monopolio de la violencia. Dice Schmitt: "Porque todo orden descansa en una decisión [...] También el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión y no en una norma [...] Normativamente considerada la decisión nace de la nada. La fuerza jurídica de la decisión es harto distinta del resultado de su fundamentación" (Schmitt, Carl. (2009) *Teología política*, Madrid, Editorial Trotta, p. 13).

<sup>25</sup> Schmitt, "El concepto...", *op.cit.*, p. 57.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> *Ibid.*



"...no existe programa, ideal, norma ni racionalidad que otorguen el derecho a disponer de la vida física de otras personas [...] la guerra, la disposición de los hombres que combaten a matar y ser muertos, la muerte física infligida a otros seres humanos que están al lado de los enemigos, todo esto no tiene un sentido normativo sino existencial, y lo tiene justamente en la realidad de una situación de guerra real, contra (de) un enemigo real, no en los ideales, programas o estructura normativa cualquiera"<sup>28</sup>

No hace falta atribuir al enemigo valores absolutos, como lo de ser una peste para la humanidad, de ponerla en peligro etc.: ésta ha sido precisamente la culpa del liberalismo, la de haber planteado el conflicto en términos morales, como la defensa de una "verdad" o de una forma de vida con validez universal y necesaria, una "causa justa" contra de un enemigo "irracional", "malo", al que se le deniega todo valor moral y entonces su derecho *ontológico* de adversario. Las democracias europeas que salieron victoriosas de la primera guerra mundial, comenta Schmitt, cometieron el error de denegar a Alemania el estado de *iustus hostis* y, como tal, su derecho a la guerra. Acusando Alemania de haber sido una potencia agresora, un enemigo absoluto, las potencias occidentales le denegaron el *ius ad bellum* y la condenaron a pagar un alto precio económico<sup>29</sup>. Pues, si ya no se puede pensar la guerra como una *justa causa*, la única legitimidad que tiene el conflicto, observa oportunamente Carlo Galli, procede de la soberanía del Estado y nada más<sup>30</sup>. En pocas palabras: Schmitt, nostálgico de un orden (el westfaliano) que iba muriendo, "defiende" la subjetividad del enemigo y su derecho a declarar la guerra. Como para Hobbes (y aún más para Weber<sup>31</sup>), también para Schmitt la soberanía racionaliza el poder, es decir, transforma la violencia de ilegítima en legítima y, en caso de fracasar en mantener este monopolio de la violencia, perdería su carácter de ente soberano. A pesar de lo problemática que pueda parecer esta noción schmittiana, o hasta incoherente con sus mismas premisas<sup>32</sup>, notamos que Schmitt enriquece la reflexión sobre la soberanía en dos importantes ejes: primero, el monopolio estatal no sólo de la violencia, sino de la decisión acerca del estatus de enemigo, y segundo: el reconocimiento jurídico político de éste último.

Ahora bien. El análisis de Schmitt que hemos seguido, bien sea correcto o equivocado, es limitado a un ordenamiento internacional que seguía pensando la guerra en términos de actores estatales en una condición de relativa certidumbre de las reglas internacionales, es decir, en términos de aquellas que Mary Kaldor llama las "viejas guerras". Éstas, nos dice la politóloga, se distinguen por unos ejes claves que, esquemáticamente, son a) la distinción entre público y privado, entre actividad estatal y no estatal; b) la distinción entre interno (lo que ocurre el interior de los confines estatales y externo, es decir, lo que ocurre en las

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>29</sup> Sin embargo surge algún problema con la coherencia. El autor, notoriamente nazi, no piensa en la demonización hecha por la propaganda nazi contra los judíos como "mal absoluto", como un ejemplo de esta reducción del enemigo real a absoluto: el nacionalsocialismo ha sido tal vez la ideología política que más que otras ha degradado, también moralmente y biológicamente el enemigo, denegándole incluso el estatus de ser humano. Pero sobre todo el propio Schmitt, en el periodo posbélico escribe: "La ciencia alemana del derecho en lucha contra el espíritu judío" (*Deutsche Juristen Zeitung*, 1936), un vergonzoso libro adonde el enemigo, el judío en el caso, tiene rasgos extra-humanos, es decir es enemigo absoluto.

<sup>30</sup> Galli, Carlo (2004): *Guerra*, Roma-Bari, Laterza, p. XIV.

<sup>31</sup> Weber, Max (2005): *El político y el científico*, Madrid, Alianza editorial, p. 82.

<sup>32</sup> Algunos comentaristas, como Serrano, han notado que Schmitt cometió el error de no aplicar ésta misma lógica plural, vigente entre Estados, también en el ámbito interno de cada agrupación estatal, con lo cual se podría dar la vuelta al pensamiento de Schmitt y ver a cambio el liberalismo como una filosofía política que, precisamente, ha tenido el mérito de mantener, al interior del mismo Estado, el pluriverso que Schmitt sólo contempla a nivel internacional Serrano; Gómez, Eduardo (1998): *Consenso y conflicto. Schmitt, Arendt*, México, Centro de estudio de política comparada, p. 71.



relaciones internacionales); c) la distinción entre actividad económica privada y economía estatal d) distinción entre civil y militar, así como entre quienes llevan las armas y quienes no; e) entre guerra y paz<sup>33</sup>.

En conclusión, el mundo moderno, en el cual los Estados eran los promotores de la guerra, se basaba en una clara dicotomía entre lo externo y lo interno, lo militar y lo civil, lo público y lo privado, es decir entre espacio de la guerra y el espacio de la paz. En éste mundo, el reconocimiento, no sólo estratégico sino sobre todo ontológico del enemigo, era fácil de detectar porque estaba conectado al principio de la soberanía estatal y a el del mutuo reconocimiento jurídico, entre sujetos de derecho internacional (esto es: Estados) del derecho a la existencia. Sin embargo, desde la Guerra Fría en adelante, este escenario ha cambiado profundamente. Ya Schmitt notaba que la Guerra Fría había introducido una condición intermedia en la cual se perdía la separación entre el estatus de la paz y el de la guerra y se creaba una especie de zona de indistinción entre las dos<sup>34</sup>. Pero la Guerra Fría, en cierto sentido, mantuvo el equilibrio westfaliano, que se había quedado fundamentalmente intacto aún durante las dos guerras mundiales, donde actores nacionales soberanos luchaban en bandos opuestos. El fin de la Guerra Fría y la utopía del mundo pacificado bajo la égida de la liberaldemocracia (el conocido fin de la historia de Fukuyama) produjo a cambio un *vacuum*, es decir, creó una ausencia del enemigo, de otro actor que pudiese contrarrestar la potencia estadounidense. Por lo menos hasta los acontecimientos del 9/11. Veamos más de cerca cómo se produjo este cambio.

## **2. El enemigo "irreal". La Guerra Fría y la (im)posibilidad de la guerra**

No cabe duda de que la Guerra Fría haya redibujado profundamente la ordenación del territorio mundial, engendrando un nuevo tipo de orden geopolítico alrededor de dos grandes esferas de influencia, los Estados Unidos y la U.R.S.S. Este nuevo ordenamiento geográfico y político, a pesar de las grandes novedades estratégicas que supuso para el sistema internacional, a final de cuentas no cambió mucho el esquema westfaliano de guerra, tal y como lo hemos descrito. De hecho, los actores involucrados en el conflicto seguían siendo los Estados-naciones con derecho a declarar la guerra a otros Estados-naciones a los cuales se les reconocía igual derecho. Sin embargo, como anticipábamos, la Guerra Fría introdujo cambios significativos en el tablero internacional, a partir de la propia figura del enemigo. El enemigo de hecho "desaparece" y no tanto (como veremos) desde una perspectiva *potencial*, en cuanto durante las cuatro décadas que duró la Guerra Fría, el enemigo seguía siendo una amenaza constante para ambos bandos, sino desde una perspectiva *real*, en cuanto el combate "real" se volvió cada vez más improbable a medida de que el potencial armamentístico iba creciendo. Además, si consideramos la Guerra Fría y la Guerra del Golfo como dos fenómenos no sólo cronológica sino también lógicamente relacionados, nos damos cuenta que ambos conflictos, a pesar del muy distinto equilibrio de poder mundial (antes y después de la caída del muro de Berlín), comparten sin embargo un rasgo: una relación "imposible" con el enemigo. Expliquemos ahora más detenidamente lo que acabamos de esbozar.

El periodo que, desde Yalta hasta el derrumbe del Imperio soviético, divide la geografía mundial en dos esferas de influencias, está caracterizada por una relativa paz debida a la alta capacidad destructiva de ambos despliegues, como destacados analistas de las relaciones

<sup>33</sup> Según Kaldor, de acuerdo con el cual se produce "desdibujamiento de las distinciones entre guerra [clásica], crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos". Kaldor, Mary (2001): *Las nuevas guerras*, Barcelona, Tusquets, p. 16.

<sup>34</sup> Schmitt, Carl (2005): *El nomos de la tierra. En el derecho de gentes del "ius publicum europaeum"*, Buenos Aires, Editorial Struhart e cia., p. 341.



internacionales se dieron tempranamente cuenta<sup>35</sup>. De hecho, hay un general consentimiento acerca de la función "ordenadora" del equilibrio nacido tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Kenneth Waltz fue uno de los primeros teóricos que observó que era precisamente el potencial destructivo de los armamentos (*Mutual Assured Destruction*) lo que garantizó una larga estabilidad bipolar<sup>36</sup>. Por su lado, también Samuel Huntington reconoce a la Guerra Fría una función *katechónica*, es decir, capaz de encauzar la violencia en dos bloques y, por ende, garantizar un orden global relativamente estable<sup>37</sup>. Más recientemente Thomas L. Friedman ha hecho hincapié en la estricta regulación de dicho conflicto, una regulación cuyos efectos desbordaban la esfera propiamente militar para entrar en otros campos, como el político y el económico. Haciendo de eco a Schmitt, Friedman ve el equilibrio pos-bélico como caracterizado por el combate entre bandos de amigos contra bandos de enemigos, espacialmente divididos y que luchaban los unos contra los otros en una confrontación dialéctica pero sin que nunca se llegara a comprometer las ideas dominantes que definían cada bando (la lucha entre comunismo y capitalismo)<sup>38</sup>.

Sin entrar en un argumento ya muy debatido, nos limitamos a observar que el desmesurado peligro de una guerra termonuclear fue exactamente el principal factor disuasorio de la guerra, so pena de un holocausto nuclear. Pues con la Guerra Fría, y por primera vez en la historia, se da la circunstancia de que sea precisamente el riesgo de la guerra lo que la previene y la impide, garantizando la estabilidad planetaria<sup>39</sup>. Sin embargo la posibilidad de la guerra, como muchos comentaristas (desde Norberto Bobbio hasta Raymond Aaron) han observado, no desvanece, sino que sigue siendo materialmente y moralmente siempre posible. A su tiempo Bobbio notó que la misma imposibilidad de pasar del estado de guerra al de paz no se debía a la ausencia de la guerra, sino todo lo contrario: a su perenne vitalidad<sup>40</sup>. Es decir, fue exactamente la posibilidad extremadamente real de la guerra la que la previno y la conjuró, y sobre todo que dio lugar (durante más de cuarenta años) a un estado de estancamiento que impidió tanto la guerra como la paz. Según Bobbio, la Guerra Fría introduce algunos elementos de radical novedad con respecto a las guerras del pasado: primero (lo acabamos de ver), el hecho de que se trataba de una guerra que ponía en peligro la existencia misma de la humanidad entera; segundo, la imposibilidad de poder justificarla filosóficamente, como se hizo en cambio con las guerras anteriores; y, por último, la inutilidad con respecto a la finalidad (la victoria), en cuanto una guerra termonuclear no dejaría ni vencedores ni vencidos, sino sólo una masa de escombros<sup>41</sup>. Es menester hacer hincapié en este último punto: la Guerra Fría, en el mismo acto de posibilidad, eliminaría lo que la caracteriza en cuanto guerra, es decir, el éxito de un resultado que defina quien es el vencedor y quien el vencido. Amigos y enemigos quedarían todos aniquilados. Es decir: el enemigo (como contra-parte de la lucha) acabaría por ser fagocitado en el mismo bando de los amigos en lo que respeta al resultado de la guerra, esto es, la aniquilación total. El propio Schmitt, recordamos, no barajaba la posibilidad de una destrucción total del enemigo en cuanto esto habría significado la anulación de la política misma. Si desaparece el enemigo, se desvanece la posibilidad de lo político, como distinción entre amigos y enemigos. Por paradójico que fuese, lo que desapareció durante los años de la Guerra Fría, fue la conflictividad en cuanto tal. Al respecto Schmitt lamenta que, tras la erección del Telón de

<sup>35</sup> Morgenthau, Hans (1986): *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires Grupo Editorial Latinoamericano, p. 25.

<sup>36</sup> Waltz, Kenneth (1959): *El hombre, el Estado, la guerra*, Buenos Aires, Editorial Nova.

<sup>37</sup> Huntington, Samuel (1997): *El choque de civilizaciones*, Paidós, Buenos Aires, pp. 16-17.

<sup>38</sup> Friedman, Thomas L. (2000): *The Lexus and the olive tree*, N.Y., Anchor Books, p. 31

<sup>39</sup> Aaron, Raymond (1985): *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza Editorial.

<sup>40</sup> Bobbio, Norberto (1977): *Il problema della guerra e le vie della pace*, Bologna, Il Mulino, p. 39-42.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 55



Acero, desaparecen la figura del beligerante y del soldado en cuanto todos, en caso de guerra atómica, son potenciales víctimas. Con lo cual cambia el propio concepto de guerra:

las ciencias (naturales) facilitan hoy día a cualquier gobernante medios y métodos que trascienden el concepto del arma y con ello también el de guerra. La evolución de los modernos medios de destrucción se produce simultáneamente con el sentido de la guerra, e incluso lo acelera<sup>42</sup>

El enemigo, recordémoslo, sigue siendo el enemigo de tipo westfaliano (el Estado al cual se le reconoce el derecho de declarar guerra) no desaparece en cuanto posibilidad, sino que se desvanece en su concreción real. Eliminando la realidad del conflicto en su misma posibilidad, la Guerra Fría elimina el enemigo en su realidad. El enemigo, exactamente por ser siempre una amenaza presente, "recuerda" al bando opuesto que la guerra está a mano y puede estallar de un momento a otro. Pero si así fuera, desaparecería la humanidad entera. Al respecto, resulta muy llamativo que, en aquella época, muchos analistas hayan notado que la estrategia de los Estados, merced a la (im)posibilidad de librar una guerra, se reducía a la categoría semántica de la amenaza<sup>43</sup>, donde el elemento psicológico jugaba un papel determinante.

Según estos expertos, la Guerra Fría llevó las palancas de la política a moverse desde el terreno bélico propiamente dicho hasta la representación y la inmaterialidad, es decir, la virtualización de la guerra. La guerra se habría vuelto uno (pero ya no el exclusivo) de los modos de ejercer la violencia contra del enemigo. Con lo cual la acción estratégica se limitaba siempre menos a la logística de los armamentos y empezó a comprender una serie de "armas semióticas", como la disuasión, la manipulación, la sensación<sup>44</sup>. En cierta manera, la Guerra Fría acabó por hacer de la guerra una enorme producción discursiva que proveía escenarios de conflictos que pero no tenían porque darse en la realidad (el caso más evidente es el de la bahía de Cochinos). En pocas palabras: aunque los actores en juego seguían siendo los Estados-naciones, la guerra quedaba "vaciada" de su contenido moderno, habiendo perdido su elemento material/militar para adquirir una fuerza simbólico/virtual.

El proceso que acabamos de describir tiene tal vez en la Guerra del Golfo, llevada a cabo en las vísperas de la derrota de la U.R.S.S., un elemento de continuidad significativo, sobre todo a nivel simbólico. Esta guerra se lucha en un panorama internacional profundamente cambiado, multipolar según muchos, unipolar según otros<sup>45</sup>, pero sin duda

<sup>42</sup> Schmitt, "El nomos de la tierra...", *op.cit.*, p. 338.

<sup>43</sup> Quien tal vez ha mejor elaborado en concepto de amenaza ha sido el estratega militar del RAND Corporation Herman Kahn (Kahn, Herman (1960): *On Thermonuclear War*, Princeton, Princeton University Press)

<sup>44</sup> Montinari, Francesco (2004): *Linguaggi della guerra*, Roma, Meltemi, p. 218.

<sup>45</sup> Entre los teóricos más respetados de la primera tendencia (el multipolarismo), encontramos John Mearsheimer. En un importante ensayo de 1990, él establece una periodización con respeto a la estructura del sistema internacional antes, durante y después de la Guerra Fría. Según el autor, el final de la Guerra Fría representa un retorno al sistema multipolar del pasado, donde los conflictos nacionalistas y étnicos, que durante la Guerra Fría habían permanecido dormidos, vuelven a protagonizar la escena internacional. (Mearsheimer J.: "Back to the future, instability in Europe after the cold war," *International Security*, vol. 5, n°1 (Summer 1990) , pp. 5-56). Kenneth Waltz, en cambio, considera el mundo post-Guerra Fría como marcado por la tendencia unipolar de los Estados Unidos en las relaciones internacionales. En el importante artículo "Structural Realism after the Cold War", el politólogo afirma que, tras la caída del muro de Berlín, no se ha creado un sistema multipolar, sino unipolar, en cuanto los Estados Unidos empezaron unilateralmente a asumir nuevas responsabilidades en el liderazgo mundial, sobre todo en materia de seguridad. Ésta configuración, dice el autor, es la más inestable (como también demuestran todos aquellos casos históricos donde hubo concentración, como la España de Carlos V, la Francia de Luis XIV y Napoleón I, y la Alemania de Hitler). Por el otro lado, es posible que en el futuro, sostenía Waltz, los Estados Unidos vean cuestionada su relativa hegemonía por la Unión Europea y a las alianzas, mayormente económicas, de los países BRIC (Waltz, Kenneth: "Structural Realism



menos estable que el equilibrio bipolar. Sobre todo según la escuela realista, el mundo posguerra fría está atravesado por una fundamental anarquía de las relaciones internacionales, donde ninguna potencia logra colocarse en una posición claramente hegemónica<sup>46</sup>. ¿Significa esto también un retorno al equilibrio westfaliano y, sobre todo, a la subjetividad clásica del enemigo? Más bien lo contrario: si el debate acerca del equilibrio de poder sigue abierto, menos incierto era el panorama bélico inmediatamente después la caída del muro de Berlín.

Al alba de la guerra del Golfo, el filósofo francés Jean Baudrillard publica un artículo en el periódico *Liberación* titulado "La Guerra del Golfo no tendrá lugar" (4 Agosto de 1991), donde argumenta que la guerra ha entrado en una crisis definitiva y que, después del periodo en el cual ejercía una función de disuasión, hoy en día ella va hacia la disolución tanto del imperio soviético, como del americano, como de sí misma. Baudrillard preveía que el conflicto que dentro de poco iba a estallar, habría marcado el paso hacia un tipo nuevo de enfrentamiento, en el cual la lógica "real-virtual" habría sido invertida. Consecuente con su teoría del simulacro, el pensador francés sostenía la tesis según la cual en el mundo gobernado por la realidad virtual, la representación de cualquier acontecimiento (en este caso, la guerra) habría tenido un impacto más "real" que la realidad misma. Esto porque la realidad asusta y obsesiona al hombre contemporáneo, que quiere huir de ella. En este sentido, siendo la guerra sin duda alguna una de las manifestaciones más crudas y más impactantes de la realidad, es una de las más detestadas. Según Baudrillard entonces, la inmanencia de lo virtual no tenía por qué desembocar en el acto real, sino que podía seguir permaneciendo en su condición de virtualidad. El filósofo permaneció fiel a este planteamiento y escribió en 1991, con la guerra ya en marcha, *La guerre du Golfe n'a pas eu lieu*<sup>47</sup>. La Guerra del Golfo, según el autor, seguía siendo un simulacro de guerra más bien que una guerra real, un evento virtual donde la guerra se escenificaba a través de los medios de comunicación. Es decir, ya no era la guerra la que creaba el evento mismo de la guerra, sino la información televisiva que, enseñando el evento, lo producía colocándolo en el sitio de lo real.

El análisis de Baudrillard merece atención por su pronóstico relativo al carácter fuertemente mediatizado y espectacular del conflicto y por haber vislumbrado con claridad lo que habría luego sido el futuro de la guerra. Aún así, no ha de ser sobrestimado: de hecho, como sabemos, la Guerra del Golfo tuvo lugar y provocó cerca de 200.000 muertos<sup>48</sup>. Por un lado, es verdad lo que nota el filósofo francés: el uso de nuevas tecnologías espaciales, la monitorización de la guerra desde salas tecnológicamente equipadas etc., marcaron un cambio desde la vieja estética de la guerra en un *war game*, un evento abierto a un público de observadores donde el elemento ficticio y la realidad se confunden y donde se llega a dudar acerca de lo que es real y de lo que es simulado. Christopher Norris subraya este aspecto de la guerra contemporánea, avisa que a la hora de estudiar la guerra contemporánea, es preciso tener en cuenta todas aquellas técnicas de manipulación masiva que hoy en día ya no "relatan" la guerra tal y como acontece, sino que "crean" la guerra a través del espectáculo<sup>49</sup>. Sin embargo parece algo arriesgada la tesis de Baudrillard: con todo que la guerra haya entrado en una nueva fase donde los medios de comunicación juegan un papel determinante, no se puede afirmar, simple y sencillamente, que la guerra se de-ontologice. En cambio la guerra se sigue

---

after the cold war", *International Security*, vol. 52, nº1 (Summer 2000), pp. 5-41).

<sup>46</sup> Un ejemplo de esta tendencia la hallamos en John Baylis (Baylis, John: "International Security in the Post Cold War Era", en Baylis, Jogn y Steve Smith (1997): *The Globalization of World Politics*, Oxford: Oxford University Press, pp. 193-211).

<sup>47</sup> Baudrillard, Jean: "La guerre du Golfe n'a pas eu lieu", *Libération*, 29 de marzo de 1991, p. 6.

<sup>48</sup> "Toting the Casualties of War", *Bloomberg*, 5 February 2003, en <http://www.bloomberg.com/bw/stories/2003-02-05/toting-the-casualties-of-war>.

<sup>49</sup> Norris, Christopher (1992): *Uncritical Theory: Postmodernism, Intellectuals and Gulf War*, Londres, Lawrence and Wishart, p. 25.



luchando y la materialidad de la guerra no ha desaparecido (tampoco la de la propia Guerra del Golfo). Lo que sí desaparece es la correspondencia entre la imagen de la guerra y su desenvolvimiento en la realidad de los hechos bélicos. Sólo en este caso se puede afirmar, junto a Baudrillard, que la virtualidad de la guerra es "más real" que los hechos reales en el campo de batalla. La importancia de la imagen suplanta la importancia de los sucesos reales.

La noción de irrealidad de la guerra ha de ser por tanto matizada según el caso: mientras la Guerra Fría había engatusado la guerra en funciones burocráticas relacionadas a la noción estática de mantenimiento del *status quo*, haciendo de la guerra un evento imposible en su trágica posibilidad, la Guerra del Golfo inaugura la época de la simulación del evento, donde lo que importa es la imagen espectacular del conflicto. En pocas palabras: mientras durante la Guerra Fría, la "irrealidad" de la guerra ha de ser entendida como imposibilidad del conflicto en la práctica, en cambio la "irrealidad" de la Guerra del Golfo indica el proceso de progresiva afirmación de la realidad virtual frente a los hechos concretos.

Ahora bien. ¿Que queda del enemigo en éste segundo caso? Vimos que durante la Guerra Fría la subjetividad clásica del enemigo no desaparece, pero sí desaparece el *bellum* contra él y, como decíamos, su "realidad". Según el propio Baudrillard, la Guerra del Golfo "agrava" éste esquema, como precisa en *Cultura y simulacro*:

Lo que ya no existe es la adversidad de los adversarios, la realidad de las causas antagónicas, la seriedad ideológica de la guerra. Tampoco existe la realidad de la victoria o de la derrota, aunque la guerra es un proceso que triunfa siempre muy por encima de estas apariencias<sup>50</sup>

La irrealidad de la guerra implicaría entonces la desaparición del enemigo, que se vuelve un apéndice inútil comparado con la importancia del aparato tecnológico. Ya no se reconocería el *iustus hostis* del cual nos hablaba Schmitt y, junto con él, la posibilidad de la guerra en cuanto tal<sup>51</sup>. Aunque, como acabamos de ver, es preciso redimensionar la noción de irrealidad de Baudrillard, sin embargo es cierto que la importancia del espectáculo virtual de la guerra contemporánea, junto al alto nivel tecnológico que la entraña, conlleven a un consistente cambio en la figura del enemigo. La espectacularidad del evento y la mejora tecnológica tienen el efecto de "alejar" la materialidad del enemigo. Mientras durante la Guerra Fría el enemigo seguía presente como posibilidad imposible en cuanto el propio enfrentamiento habría borrado toda posibilidad de existencia de ambos bandos, el Golfo elimina el enemigo como realidad para hacer de él un apéndice virtualizado del espectáculo generalizado en que se convierte la guerra. Otra vez: esto no significa que el enemigo desaparezca en su materialidad, sino que su representación mediática ha cobrado una importancia igual (o hasta superior) que su presencia real por un lado, y que él se haya vuelto un *target* de sofisticados aparatos tecnológicos por el otro.

Pero hay otro factor, que hasta ahora hemos dejado de lado y que sin embargo influye de manera determinante sobre este cambio de la subjetividad del enemigo. Se trata de un cambio endémico de los mismos sujetos de derecho bélico, es decir, los Estados-naciones, y de su progresiva pérdida de soberanía. Martin van Cleverd relaciona explícitamente la disminución de la capacidad de los Estados de enfrentarse en una guerra a una pluralidad de factores que no se pueden todos reducir al aún importante carácter destructivo-apocalíptico

<sup>50</sup> Baudrillard, Jean (1978): *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, p. 71.

<sup>51</sup> Escribe Baudrillard: "Para los americanos, el enemigo como tal no existe. Nothing personal. Vuestra guerra no me interesa, vuestra resistencia no me interesa. Os destruiré cuando toque. Se niegan a regatear, mientras que S. H., por su parte, regatea su guerra, inflando los precios para poder rebajarlos, tratando de llevarse el gato al agua, presionando y chantajeando, como un charlatán de feria" (*Ibid.*, p. 56)



del conflicto nuclear (Guerra Fría) o a la virtualización de la guerra (Golfo). Él anota tres motivos más: primero, el desdoblamiento de los Estados (también debido a la imposibilidad de hacer la guerra) hacia los asuntos de política interna, especialmente hacia las cuestiones relativas al estado social, por lo menos hasta el '75 cuando este sistema será considerado económicamente y socialmente insostenible. Segundo: un rápido proceso de transformación de la tecnología bélica que, desde el 1500 hasta 1945, contribuyó a la construcción del Estado y que ahora se independiza de él y que opera en favor de organizaciones de vario tipo que a veces no tienen ni estabilidad territorial, ni soberanía. Por último, argumenta van Creveld, un lento proceso de disgregación del Estado, incapaz de garantizar los dos pilares de la teoría política moderna, es decir, la vida y la propiedad de los ciudadanos, con el resultado de que éstas tareas empiezan a ser otorgadas a otras organizaciones<sup>52</sup>. Van Creveld sugiere entonces que la guerra, en el periodo que va desde el '45 hasta la primera Guerra del Golfo, no sólo no se lucha debido a su posibilidad totalmente destructora, sino que también se debilita progresivamente el sujeto tradicional de la guerra, es decir el Estado de corte westfaliano. A esto añádase que la comunidad internacional, ya desde el siglo XVIII, procuró restringir los márgenes de legitimidad del Estado para librar una guerra, aunque sea sólo en el periodo del posguerra que las Naciones Unidas (siguiendo las huellas de la Sociedad de las Naciones) limitan fuertemente el espacio de maniobra de los Estado en este sentido<sup>53</sup>.

Éste proceso de desintegración del Estado y de integración de una parte de sus funciones soberanas (como el derecho a la guerra) al interior del marco de la comunidad internacional, da vida a un nueva forma de soberanía que Robert Cooper, y con anterioridad otros autores, han oportunamente llamado "Estado postmoderno"<sup>54</sup>. Cooper procura no aplicar la categoría de postmodernismo como un "universal" de la evolución de la forma Estado, sino que la ubica en un preciso contexto histórico-geográfico: la Europa (y más en general el mundo occidental) después de la caída del muro de Berlín. Éstos Estados, dice Cooper, "dejaron de pensar el Estado en términos de conquista"<sup>55</sup>. Se trata de un sistema que ya no se fundamenta en el concepto de equilibrio, ni enfatiza la soberanía o la distinción entre asuntos internos e internacionales. El viejo Estado de tipo westfaliano cae bajo los golpes de la comunidad internacional del cual forma parte, y a la cual cede poder sobre asuntos que siempre habían sido de su incumbencia, como la economía, la actividad legislativa y la defensa. Pues, la lucha y la conquista, dos elementos típicos del mundo premoderno y moderno, han sido exorcizados de las relaciones entre Estados y, en éste sentido, la Unión Europea o la OTAN sólo han sido los efectos, más bien que las causas, de la paz que el mundo occidental ha disfrutado en el posguerra:

<sup>52</sup> Van Creveld, Martin (2003): *The rise and decline of the State*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 336-414.

<sup>53</sup> Además de las ideas de pensadores como Jean-Jaques Rousseau, Immanuel Kant, John Stuart Mill, los primeros instrumentos jurídicos que sancionan el derecho a la integridad territorial del Estado se hallan en la carta de la Sociedad de las Naciones, al artículo 10, donde se reconocía explícitamente este derecho como fundamental en las relaciones internacionales. En el 1928, el pacto Brian-Kellog, firmado entre los ministros del exterior de Estados Unidos y Francia, establecía que los contrayentes renunciaban a la guerra como instrumento de política nacional (luego sesenta y un más estados firmaron el pacto). La Carta de las Naciones Unidas establece en el artículo 24 y 39 el principio de la no beligerancia entre Estados y remite la decisión, en caso de controversia entre miembros, al Consejo de Seguridad.

<sup>54</sup> En realidad, Cooper retoma un planteamiento de Buzan, Barry y Richard Little (Buzan, Barry y Richard Little, (2000): *International System in World History: Remaking the Study of International Relations*", Oxford, Oxford University Press.

<sup>55</sup> Cooper, Robert: "El Estado postmoderno", *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, nº 1, (marzo 2005), p. 3.



"Dentro del mundo posmoderno, no existen amenazas a la seguridad en el sentido tradicional; es decir, sus miembros no contemplan la posibilidad de invadirse. Si bien en el mundo moderno, siguiendo la máxima de Clausewitz, la guerra es un instrumento de la política, en el posmoderno es una señal de fracaso. Pero, mientras que los miembros de éste pueden no representar una amenaza entre ellos, la existencia de este riesgo es una constante en los estados modernos y premodernos<sup>56</sup>"

Pues Cooper no excluye que puedan existir amenazas concretas (y enemigos concretos), pero siempre y solo afuera del mundo postmoderno, es decir, de todos aquellos Estados que el autor llama premodernos, esto es, Estados fallidos que resultan incapaces de cumplir con el criterio weberiano del monopolio de la violencia y que, incapaces de garantizar la seguridad en su territorio, pueden proporcionar una base para el surgimiento de actores no estatales peligrosos para el Estado posmoderno<sup>57</sup>. Cooper no estaba totalmente equivocado en su análisis de la situación internacional y, como veremos en el siguiente apartado, la evolución de la guerra a caballo de los '90 y la primera década del 2000 parece dar razón a su planteamiento. Es cierto que en este lapso de tiempo el Estado postmoderno no se ve amenazado por otros actores "molares", esto es, actores jurídicos reconocidos por el derecho internacional, sino por actores "moleculares", es decir, sujetos no estatales que operan en un contexto de ilegalidad, como grupos insurgentes, guerrilleros, terroristas, carteles de la droga etc. se trata de un fenómeno, nota Van Creveld que, aunque se vuelva más evidente tras la derrota de la U.R.S.S., ya estaba presente a partir del fin de la segunda Guerra Mundial, cuando la mayoría de las "pequeñas-guerras" se luchaban entre un Estado y un sujeto no estatal<sup>58</sup>. Además, como veremos más detenidamente en el siguiente párrafo, el 11 de Septiembre representa un giro paradigmático en este sentido.

Sin embargo es oportuno precisar algunas limitaciones del planteamiento de Cooper. En primer lugar, su tesis queda circunscrita tanto temporal como geográficamente y ya no puede ser válida hoy en día. Ya no tiene sentido hablar de Occidente como de un espacio unido por finalidades comunes y una voluntad compartida. En el próximo párrafo, examinando más a fondo la guerra contemporánea, veremos cómo por lo menos en la última década, el multilateralismo ha cedido el paso a las exigencias de seguridad de cada Estado. No sólo no ha sido posible (a pesar de los avances en el ámbito PESC) crear un sistema de seguridad supranacional eficaz, sino que los más recientes acontecimientos (Libia, Siria, Ucrania) demuestran por un lado que la Unión Europea no está militarmente preparada para maniobras de *hard security* (Libia, Siria, y más recientemente Ucrania), y que los asuntos de defensa, no obstante la importante coordinación comunitaria, siguen siendo cosa de cada Estado. En el caso de Libia, por ejemplo, los Estados europeos intervinieron de forma aislada, cada uno por su cuenta y sólo posteriormente bajo el mando de la OTAN<sup>59</sup>. En el caso de

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>58</sup> Van Creveld, Martin (2004): *The culture of war*, New York, Ballantine Book, p. 104.

<sup>59</sup> La intervención internacional contra el régimen de Gadafi se basó en la Resolución 1973, adoptada el 17 de marzo de 2011 en el Consejo de Seguridad, invocando el principio de responsabilidad de proteger (R2P). La OTAN llevó a cabo una operación que fue previamente avalada por las llamadas de la Liga Árabe y el Consejo de Cooperación del Golfo. La finalidad era establecer una zona de exclusión aérea, y que contó con la implicación directa de tres países árabes: Qatar, Jordania y los Emiratos Árabes Unidos. Eduardo Soler i Lecha nota que la intervención fue objeto de dos críticas: "La primera es la de quienes sostienen que se pervirtió el mandato original para convertirla en una operación de cambio de régimen. La segunda cuestiona que, si el objetivo era proteger a los civiles, no podía darse por concluida la intervención con la caída de Gadafi y que, por lo tanto, debería haberse prolongado aunque fuera con otros medios. En esta línea sobresale la incapacidad para abordar seriamente el reto del desarme, desmovilización y reintegración así como el proceso de reconciliación nacional. ¿Por qué? Por el orgullo de los nuevos dirigentes libios que rechazaban recibir lecciones, porque una



Siria, la Unión Europea tomó decisiones importantes (como el reconocimiento de la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Oposición y la Revolución Siria como el representante legítimo del pueblo sirio, o en el envío de asistencia humanitaria, la acogida de los refugiados etc.), pero sin que esto implicara un acción concertada y coherente entre los Estados miembros<sup>60</sup>.

En segundo lugar, es preciso recordar la importante crítica de Robert Kagan al planteamiento de Cooper, que afirma que es sólo debido a sus respectivas debilidades, que EEUU y UE han encontrado el consenso mucho más atractivo que la afirmación de la soberanía nacional. Asimismo, Kagan subraya la hipocresía de la UE en insistir en la autorización de las Naciones Unidas para la invasión en Irak de 2003, a pesar de haber ido a la guerra en Kosovo en 1999 sin un mandato de las Naciones Unidas e ignorando el derecho internacional<sup>61</sup>. En pocas palabras, según Kagan, toda la retórica acerca del consenso y la postmodernidad no es nada más que una máscara para alcanzar finalidades de poder con otros medios.

### **3. El enemigo líquido. El post-11/S y la "desaparición" de la guerra**

No cabe duda de que el 11 de Septiembre ha marcado una línea divisoria entre "viejas" y "nuevas" concepciones de la guerra. La copiosa y variada literatura académica acerca del acontecimiento suele coincidir por lo menos en un punto: el 11/S obliga a repensar tanto los sujetos implicados en el conflicto, como las finalidades del mismo. En uno de los primeros (y más polémicos) trabajos que salieron después del ataque a las torres, titulado *El retorno a la antigüedad. La política de los guerreros*, Robert Kaplan intenta sondear que tipo de subjetividad es esa que irrumpe en la escena internacional con una fuerza escénica y material tan demoledora. Los nuevos "guerreros", afirma Kaplan, se caracterizan por haber introducido unos elementos atípicos en el combate. De hecho ellos obedecen a reglas distintas de aquellas en vigor en el mundo occidental; utilizan nuevas técnicas y tácticas bélicas; tienen un

---

operación ligera como la que puso en marcha Naciones Unidas era todo lo que estaban dispuestos a aceptar y también por la falta de coordinación entre los socios internacionales, ya que cada uno perseguía oportunidades de colaboración bilateral con las nuevas autoridades en detrimento de una estrategia compartida. [...] Hoy Trípoli y Bengasi son campo de batalla, grupos islamistas como el que controla la ciudad de Derna han jurado lealtad a la organización Estado Islámico y áreas del país (especialmente en el este y en el sur) escapan a cualquier control gubernamental" (Soler i Lecha, Eduard: "Libia: intervención, indiferencia e injerencia", *CIDOB Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona*, nº 305 (2015), en [http://www.cidob.org/publicacions/opinio/mediterraneo\\_y\\_oriente\\_medio/libia\\_intervencion\\_indiferencia\\_e\\_injerencia](http://www.cidob.org/publicacions/opinio/mediterraneo_y_oriente_medio/libia_intervencion_indiferencia_e_injerencia).

<sup>60</sup> Algunos pocos ejemplos pueden ilustrar esta diversidad de posturas entre los países europeos. Francia por ejemplo ha apoyado activamente a los rebeldes anti al-Asad y como miembro de la UE, ha impuesto sanciones al gobierno de Damasco. En 2012, Francia cerró su embajada en respuesta a la represión del régimen sirio y, poco más tarde, como miembro del grupo "Amigos de Siria", levantó el embargo en apoyo a los rebeldes. Asimismo, apoyó un ataque limitado de los Estados Unidos. Alemania ha sido más prudente, limitándose a apoyar las sanciones de la UE y pidió una mayor participación del Consejo de Seguridad y de las Naciones Unidas en la cuestión siria. Aunque activa en la cuestión de la prohibición de las armas químicas, Alemania ha preferido quedarse en segundo plano. España se ha conformado con la posición de la UE y ha dado al mismo tiempo apoyo al plan de Kofi Annan para Siria. Suspendió la actividad diplomática en Siria y reconoció a la oposición al régimen. Cuando se iba perfilando la posibilidad de una acción militar por el uso de armas químicas, España culpó a al-Asad y se alineó con sus aliados, pidiendo una respuesta contundente al ataque. A pesar de esto, España hubiera estado limitada por la Ley Orgánica de Defensa Nacional que le prohíbe unirse a una acción militar sin la aprobación del Consejo de Seguridad, la UE o la OTAN. Por ello pidió una resolución del Consejo de Seguridad que legitimase tal intervención (AAVV: "Reacciones Internacionales" en [http://www.cidob.org/es/publicaciones/dossiers/conflicto\\_en\\_siria/reacciones\\_internacionales](http://www.cidob.org/es/publicaciones/dossiers/conflicto_en_siria/reacciones_internacionales))

<sup>61</sup> Véase Kagan, Robert (2003): *Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order*, New York, Alfred A. Knopf.



conocimiento profundizado del territorio donde se mueven; carecen, en muchos casos, de una estructura de mando vertical. Queriendo simplificar, podríamos decir que estos nuevos actores reorganizan el panorama de las relaciones internacionales introduciendo la anarquía en el mundo relativamente ordenado de la Guerra Fría. Los yihadistas responsables del 11/S, en éste sentido, son solamente el ejemplo más conocido y visible de una galaxia mucho más compleja de nuevos actores que aparecieron en la escena política internacional al final de los años '80, comienzo de los '90: guerrilleros, señores de la droga, mercenarios, milicias de autodefensa, piratas, etc. Se trata, en la mayor parte, de sujetos que, lejos de nacer *ex-nihilo*, sólo pasaron desapercibidos durante el conflicto entre E.E.U.U. y U.R.S.S.

Tras la derrota del imperio soviético, estos actores, que durante los años de la Guerra Fría habían recibido, según conveniencia, apoyo táctico, armas, financiación etc. por uno de los dos bandos, se ven ahora privados de la pseudo-legitimidad y del apoyo financiero de los cuales antes disfrutaban. En este sentido, Kaplan tiene razón en hablar de "retorno a la antigüedad" como del retorno a un escenario que recuerda el mundo pre-westfaliano, donde el bandidismo y la fragmentariedad del uso de la violencia reflejan la inestabilidad del poder soberano.

Ahora bien, un examen más detenido de estas nuevas subjetividades resulta útil a fin de entender cómo, junto al estatuto óptico del enemigo, la época postmoderna ha conllevado una metamorfosis ontológica del mismo. Pero, para no confundir planos separados, es menester distinguir los cambios que se producen en la guerra y en la subjetividad de quienes participan en ella (el aspecto "objetivo" de análisis), de lo que es el discurso oficial acerca del enemigo por parte occidental (y que podríamos calificar de "subjetivo", porque depende del aspecto propagandístico-mediático de la construcción discursiva de la figura del enemigo). Aunque resulte complicado separar tan nítidamente los dos ejes (en cuanto cada detección del enemigo va siempre y en primer lugar acompañada por una construcción discursiva del mismo)<sup>62</sup>, nos centramos aquí sobre todo en el análisis de éstos nuevos actores bélicos y en la respuesta que Occidente le ha dado (tanto en términos bélicos, cómo ante todo de su reconocimiento del estatuto de enemigos).

Al final de los años '90, dos investigadores de la RAND Corporation, John Arquilla y David Ronfeldt, refiriéndose a los nuevos actores (y a las nuevas guerras) que iban coloreando el escenario internacional, elaboraron el concepto de *guerra red*, asociando ésta nueva modalidad bélica a una serie de rasgos antes desconocidos. Primero, el carácter no jerárquico de los nuevos conflictos, que a menudo ocurrían entre un Estado y un actor no estatal que lograba utilizar los recursos (especialmente tecnológicos) de una manera eficiente y competitiva; segundo, la asimetría, entendida como la capacidad, por parte del actor desventajado, de usar dosis de innovación tecnológica, estratégica, de apoyo humano etc., para disminuir la ventaja bélica del más poderoso; tercero, la multidimensionalidad, es decir, la dimensión multifacética de conducir la guerra: el aspecto meramente militar dejaba paso a otros factores (políticos, económicos, judiciales etc.) en un contexto en el cual estos nuevos sujetos, a menudo sin un ejército regular, actuaban en ámbitos muy diversificados; por último, una distinta importancia del espacio (ya no se combatía en un único campo de batalla) y del tiempo (tratándose de actores no-estatales, a menudo no era posible estipular un tratado de Paz con ellos y, con ello, determinar claramente el fin de las hostilidades)<sup>63</sup>. El cambio de paradigma señalado por Arquilla y Ronfeldt, encontró confirmación, al final de la misma

<sup>62</sup> Véase Butler, Judith (2004): *Precarious life: the powers of mourning and violence*, London and New York, Verso.

<sup>63</sup> Arquilla, John y David Ronfeldt (1997): *In Athena's Camp. Preparing for Conflict in the Information Age*, Santa Monica, RAND; Arquilla John y David Ronfeldt (2001): *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*, Santa Monica, RAND.



década, en el exitoso libro de Mary Kaldor, *New and Old Wars: Organized violence in global era*. Aquí la autora subrayaba cómo a nivel global hubiese cambiado la relación entre guerra y soberanía. Las "nuevas guerras" no tenían que ser entendidas como un mero cambio de estrategia bélica o de los actores involucrados, sino como parte de un proceso de erosión de la autonomía del Estado y de su progresiva pérdida de legitimidad. Esto implicaba una menor capacidad del Estado de influenciar el desarrollo del conflicto, que iba desenvolviéndose según esquemas imprevisibles e incontrolables. Como Arquilla y Ronfeldt, también Kaldor enfatizaba la peculiaridad de las nuevas guerras: en ellas ya no se combaten, pura y simplemente, los "viejos" Estados-naciones, sino que hay una pluralidad de actores infraestatales o transnacionales que utilizan técnicas bélicas innovadoras, que luchan en "terrenos" geográfica y espacialmente vastos, y que muy a menudo "involucran" factores extra-bélicos, como la religión o la etnia. Además Kaldor hacía notar que, distintamente de lo que pasaba en los conflictos tradicionales entre Estados, el uso de la violencia iba dirigido también contra la población civil de manera indiscriminada. Esto se debía, no por último, al hecho de que los nuevos actores hacían caso omiso al derecho internacional. Asimismo, algunos autores han resaltado el carácter no necesariamente político o ideológico de las nuevas guerras, llegando a hablar de guerra post-clausewitziana<sup>64</sup>.

Sin entrar en el mérito de las polémicas que la tesis de Kaldor ha suscitado<sup>65</sup>, nos limitamos a considerar los mayores ejes objeto de crítica. Primero, no se sostiene el argumento acerca de la violencia y la brutalidad de los nuevos conflictos (se piense en las violaciones cometidas durante la segunda Guerra Mundial, los campos de concentración después de las guerras boers en Sur África, el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, la utilización de armas químicas durante la primera Guerra mundial, sólo por citar unos pocos ejemplos), y tampoco el del carácter fundamentalmente jurídico de los "viejos" conflictos (a los abusos cometidos por el ejército estadounidense en una guerra de viejo tipo, como la de Irak 2003). En segundo lugar, muchos de los nuevos conflictos, lejos de ser nuevos, preexisten, como señalábamos, a la caída del muro de Berlín y sólo adquieren más visibilidad por el cambio de la situación geopolítica tras el fin de la Guerra Fría (como es el caso de las F.A.R.C. en Colombia o Sendero Luminoso en Perú). Por último, esta distinción (entre viejas y nuevas guerras) parece sufrir de una especie de evolucionismo, es decir, considera por un lado la violencia estatal como justa y ordenada, y por el otro la violencia de estos nuevos actores como primitiva, salvaje, descontrolada. De hecho, algunos comentaristas como Stathis Kalivas, consideran que la distinción se debe atribuir no tanto a la existencia de diferencias profundas, sino "al tramonto de categorías conceptuales inmediatamente disponibles"<sup>66</sup>. Desde una posición más moderada, Michael Evans, renunciando a tomar parte pro o contra las "nuevas guerras", se limita a subrayar la naturaleza híbrida de los nuevos conflictos globales

<sup>64</sup> Por ejemplo Strachan y Herberg-Rothe (Strachan, Hew y Herberg-Rothe, Andreas (2007): *Clausewitz and the twenty first century*, Oxford, Oxford University Press) o Schuurman (Schuurman B.: "Clausewitz and the 'new wars' scholars", *Parameters*, vol. 40, nº 1 (Spring 2010), pp. 89-100) utilizan la expresión post-clausewitziana para referirse a las nuevas guerras que no tienen nada que ver con la concepción trinitaria de la guerra clausewitziana, la primacía de la política y el papel de la razón. Otros, como Van Creveld (Van Creveld, Martin (1992): *The Transformation of War*, New York, Free Press, p. ix.) y Keegan (Keegan, John (2004): *History of warfare*, London, Pimlico) sugieren de abandonar la tripartición de Clausewitz entre pueblo, ejército y estado y que los nuevos conflictos son caracterizados por un divorcio entre guerra y política. Otros más, como Keen, sostienen que ya no se da relación entre guerra y política, sino entre guerra y economía, es decir, la guerra es la prosecución de la economía con otros medios (Keen, David; "The Economic Function of Violence in Civil Wars", *Adelphi Papers*, nº 320 (1998), p. 11).

<sup>65</sup> Recientemente Mary Kaldor ha vuelto sobre el tema. Frente a los numerosos críticos, Kaldor defiende (y matiza) el concepto de "nuevas guerras". Kaldor, Mary: "In Defence of New Wars", *Stability*, vol. 2, nº 1 (2013), pp. 1-16.

<sup>66</sup> Kalivas, Stathis: "New" and "Old" civil wars A valid Distinction?", *World politics*, vol. 54, nº 1 (octubre 2001), p. 99.



que mezclan elementos de modernidad (en cuanto al menos uno de los actores es una subjetividad estatal), posmodernidad (cuando la guerra se lucha bajo la égida de organizaciones internacionales como la O.N.U.), y pre-modernidad (cuando una parte es un actor subestatal o transtatal y se lucha por motivos "antiguos" como la defensa de una identidad, de una cultura o de una religión)<sup>67</sup>.

Más preciso, en cambio, nos parece el concepto de *hybrid war*, que se ha venido afirmado hace una década en el ámbito de los estudios estratégicos como categoría para describir las tácticas bélicas de algunos de los nuevos conflictos<sup>68</sup>. Frank Hoffmann, el principal defensor de este concepto, afirma que la novedad de las guerras híbridas de nuestros días es que ya no estamos frente a dos fuerzas diferentes, una convencional y otra irregular, que se coordinarían a nivel estratégico para combatir al mismo enemigo, sino que se trataría de una única fuerza que integra ambas capacidades al nivel tanto operacional como táctico. Pues, en las guerras híbridas, tal y como la describe Hoffmann, se desvanecen las viejas distinciones entre ejércitos regulares y fuerzas irregulares que, de alguna manera, se integran y se fusionan. Llevando los ejemplos de Afganistán, Irak y el Sur del Líbano, Hoffman afirma que estos nuevos conflictos presentan algunas características inéditas respecto de las maneras tradicionales de conducir una guerra. En primer lugar, los conflictos nacidos después de la Guerra Fría son enfrentamientos donde los actores que luchan contra Occidente utilizan simultáneamente los "4 pilares", es decir, las fuerzas convencionales, las tropas irregulares, las acciones terroristas y el crimen organizado. Al respecto, Hoffmann habla hasta de *hybrid oponent* que "simultáneamente y de manera adaptativa utiliza una mezcla de armas convencionales, tácticas irregulares, terrorismo, y comportamiento criminal, todo fusionado en el campo de batalla"<sup>69</sup>. Una segunda característica, relacionada con la primera, es la de actuar de forma simultánea para optimizar el resultado. A ello hay que añadir una mayor conciencia acerca de las potencialidades de la guerra de la información (y del ciberterrorismo) y por último, la relevancia de los aspectos psicológicos, y no sólo bélicos, de éstos nuevos conflictos. De hecho, más allá del desánimo y de la debilitación del enemigo, que son factores de disuasión del enemigo que se han utilizado siempre en todas las guerra desde los albores de los tiempos, la particularidad de los nuevos conflictos sería la presencia del factor "criminal" y por ende imprevisible, brutal, y que supone la total falta de respecto de cualquier deber humanitario<sup>70</sup>.

Como era de suponer, la tesis de Hoffmann ha levantado muchas críticas<sup>71</sup>. De hecho algunos analistas sostienen que lo que sigue habiendo son guerras convencionales por un lado, y guerrillas por el otro, y aunque en los últimos años estas dos tácticas se hayan parcialmente fusionado, esto no justifica de por si una nueva categoría conceptual. De hecho es en la

<sup>67</sup> Evans, Michael: "From Kandesh to Kandahar. Military theory and the future of war", *Naval War College Review*, nº 3 (2003), pp. 132,150; p.135, cit. en Kaldor, "In defense of...", *op. cit.*, p. 12.

<sup>68</sup> El concepto, que ya hemos esbozado, fue acuñado hace una década con respecto a la guerra de resistencia de Hezbollah contra la intervención israelí en Líbano en 2006. En aquella ocasión Hezbollah obtuvo un discreto éxito táctico exactamente porque integró técnicas de guerrilla con métodos más convencionales en respuesta a los ataques de tierra por parte del ejército israelí. Cordesman, Anthony (2007): *Lessons of the 2006 Israeli-Hezbollah war*, Washington DC, CSIS.

<sup>69</sup> Hoffmann Frank G. (2012): *Future Hybrid Threats: An Update*, Washington DC, Center for Strategic Research, Institute for National Strategic Studies, p. 3.

<sup>70</sup> Hoffmann Frank G. (2007): *Conflict in the 21st Century. The Rise of Hybrid Wars*, Arlington, Potomac Institute for Policy Studies, p. 29.

<sup>71</sup> Según la propia OTAN, las amenazas híbridas combinan medios convencionales y no convencionales en la obtención

de sus objetivos. Esto quiere decir que utilizan elementos clásicos de guerra, con elementos de guerra simétrica, terrorismo, etc. Véase, Miklaucis, Michael: "NATO countering the hybrid threat", *NATO* (23 de septiembre de 2011), en <http://www.act.nato.int/nato-countering-the-hybrid-threat>.



naturaleza misma de la guerra sacar provecho de las innovaciones bélicas del enemigo<sup>72</sup>. Otros, en cambio, sostienen que los conflictos desde siempre han sido híbridos, es decir, tanto los ejércitos convencionales, como los grupos insurgentes, siempre han utilizado tácticas mixtas y, por ende, nada nuevo aportaría el concepto de Hoffmann<sup>73</sup>. El debate, tanto teórico como práctico, acerca de si las guerras híbridas constituyen una categoría efectiva para el estudio de los conflictos del nuevo milenio, sigue abierto. Lo que sí parece haber cambiado de manera decisiva no es tanto la intensidad o la frecuencia de la guerra, sino la posibilidad de ponerle claramente fin, en cuanto la tendencia de dichas guerras, en las palabras de la misma Kaldor, "no es la guerra sin límites, sino la guerra sin fin"<sup>74</sup>. Esto se debe a dos razones. Primero: frente a los nuevos actores globales, resultan insuficientes e insatisfactorias aquellas medidas de orden jurídico y político que moderaban las controversias entre Estados, nada más por el hecho de que no se trata de Estados con los cuales se puede pactar, sino de una galaxia extremadamente heterogénea de sujetos. Segundo: la guerra de tipo tradicional resulta inadecuada frente a sujetos que utilizan una pluralidad de medios, desde una tecnología de vanguardia hasta el apoyo humano en el territorio donde se mueven, y que por lo tanto redibujan la clásica geografía de guerra.

Ésta última reflexión nos lleva a cuestionar el problema genérico del "estatuto ontológico del enemigo" en la época contemporánea, que podemos enfocar según dos claves de lectura: la detección del enemigo; y la respuesta bélica frente a él. De hecho, la propia posibilidad de poner fin a la guerra tropieza con esta doble traba. Para ser más precisos: en las nuevas guerras resulta más difícil detectar el enemigo y, de ahí, escoger los medios adecuados para combatirlo.

Con respeto al primer problema, la detección del enemigo resulta mucho más complicada que en las épocas anteriores. El principal problema al respecto es de orden geográfico: no sólo los espacios donde se mueven estos nuevos actores trascienden los confines del Estado-nación, sino que también se reduce la distinción entre población civil y soldados combatientes<sup>75</sup>. Kaldor avisa que en las nuevas guerras hay un desplazamiento del uso de la violencia del ámbito militar a lo civil. Esto se debe al hecho que el combate ya no se libra sólo entre ejércitos sino que involucra cada vez más a la población civil, que a menudo brinda apoyo a movimientos guerrilleros o terroristas. Thomas Hammes hasta ve en este papel de la población civil la característica típica de las "nuevas guerras". Analizando las guerras de Vietnam, Nicaragua, la primera Intifada palestina, Afganistán e Irak, Hammes afirma que el elemento de novedad de todos estos conflictos reside en una visión distinta de la victoria, que consiste en obtener el apoyo de la población con medios económicos, políticos y psicológicos. La finalidad es desanimar al adversario y hacer que renuncie a seguir con una guerra en un terreno donde, al fin y al cabo, siempre será rodeado por una población hostil<sup>76</sup>. Al respecto, es llamativo el hecho que la finalidad declarada de la guerra de los Estados Unidos contra el terrorismo durante la administración Bush Jr, no fuera solamente de reducirlo a un fenómeno "desorganizado, local, sin publicidad", o de persuadir a la comunidad internacional a adoptar una política de "tolerancia cero", sino también de intervenir sobre las condiciones que supuestamente favorecerían su propagación, como la pobreza, el desmoronamiento de los enlaces sociales y la inestabilidad del sistema político local, es decir intervenir para el

<sup>72</sup> Glenn Russell W.: "Thoughts on Hybrid Conflict", *Small Wars Journal* (March 2009).

<sup>73</sup> Para un enfoque crítico del concepto de guerra híbrida, véase Williamson Murray y Peter Mansoor (2012): *Hybrid Warfare: Fighting Complex Opponents from the Ancient World to the Present*. Nueva York, Cambridge University Press.

<sup>74</sup> Kaldor, "In defense of...", *op.cit.*, p. 13.

<sup>75</sup> Van Creveld, Martin, "The culture of war...", *op.cit.*, p. 140.

<sup>76</sup> Hammes, Thomas: "War evolves into fourth generation", *Contemporary Security Policy*, vol. 26, nº 2 (2005), pp. 189-221,191.



crecimiento económico y el *good governance*, así como fomentar la participación en la "guerra de las ideas"<sup>77</sup>. A esto hay que añadir, como veremos enseguida, que los modernos programas de contrainsurgencia, tal y como han sido aplicados en Irak o Afganistán, asignan cada vez más al personal militar funciones civiles, de *peacekeeping* o de ayuda humanitaria. Si esta estrategia responde por un lado a la necesidad de adaptarse a un nuevo contexto en el cual ya no se distingue claramente entre población civil y población combatiente, espacio de paz y espacio de guerra, por el otro contribuye ella misma a fomentar esta dificultad<sup>78</sup>.

Otro problema relativo a la clara identificación del enemigo es de tipo más cultural. Mientras en el equilibrio westfaliano, *grosso modo*, combatían Estados-naciones con culturas si no idénticas, más o menos parecidas o de toda forma comunicantes, las nuevas guerras acucian la distancia cultural entre el Estado (occidental) y los enemigos contra de los cuales se lucha (y que a menudo no pertenecen al mundo occidental). Si este esquema no es universalmente válido, sin duda lo es en la mayoría de los casos, se piense en la lucha del Estado mejicano contra el E.Z.L.N., soportado por las poblaciones mestizas de la Selva Lacandona, o en la búsqueda estadounidense de Al-Quaeda en los pueblos afganos. Con respecto a este último caso, en 2006, el Departamento de Defensa estadounidense empezó el proyecto llamado *Human Terrain System* (HTS) con el propósito de poner en práctica el dictado de Sun Tzu "conoce a tu enemigo"<sup>79</sup>. El programa parte de la convicción según la cual, no son tanto las unidades político-territoriales de los Estados, sino el entorno simbólico-comunicativo de las culturas, que provee el marco estructural de la vida política. De allí que la intervención tiene que ir primariamente orientada al entendimiento de la cultura local. El HTS está compuesto por científicos sociales, con una mayoría de sociólogos y antropólogos, y procura proveer importantes informaciones de carácter sociocultural a las instituciones militares, así como asesorar las relaciones diplomáticas entre éstas últimas y los líderes locales. La finalidad declarada es "ganar las mentes y los corazones" de la población local, es decir, abandonar la guerra como choque de fuerzas a favor del diálogo entre culturas. A pesar del carácter dudoso de la finalidad que se propone<sup>80</sup>, el HTS, marcado por una fuerte perspectiva cultural etnocéntrica, parece alcanzar la finalidad contraria y opuesta, esto es, fomentar la distancia entre culturas. De hecho, el diálogo que presume de fomentar no se entabla en una condición de igualdad, sino que tiene toda la pinta de ser una intervención sobre una cultura ajena. Ello conlleva el riesgo de crear una imagen estereotipada de la cultura objeto de estudio y, más aún, de confundir el enemigo con su "cultura", favoreciendo lo que Edward Said ha llamado "orientalismo", es decir, una imagen manipulada e imprecisa de una inexistente identidad oriental<sup>81</sup>.

Ahora bien. Los dos factores que examinamos arriba contribuyen a dar una imagen opaca y difícilmente detectable del enemigo, que se vuelve "líquido" no sólo por lo que se refiere a sus tácticas, sino a su misma manera de ser, su ontología<sup>82</sup>. Esto nos lleva al segundo problema, es decir la del tipo de respuesta bélica. De hecho, la aparición de subjetividades nomádicas que operan al margen de la legalidad y cuya identidad es difícil de detectar con

<sup>77</sup> US Government (2003): "National Strategy for Combating Terrorism", Washington DC, p. 13; véase también The Wolfowitz, Paul: "The Greatest Deeds Are Yet to Be Done", *Naval War College Review*, vol. 1, nº 47 (Winter 2004), pp. 13-19.

<sup>78</sup> Bell, Coleen: "Civilianising warfare: ways of war and peace in modern counterinsurgency", *Journal of International Relations and Development*, vol. 14, nº 3 (Julio 2011), pp. 309-332, p. 311.

<sup>79</sup> Finney, Nathan. (2008): *Human Terrain Team Handbook*, Fort Leavenworth, Ks.: Human Terrain System, p 3.

<sup>80</sup> James Motlagh por ejemplo ha criticado duramente el apoyo que los antropólogos han dado para esta finalidad, hablando de antropología mercenaria utilizada para los objetivos hegemónicos de Estados Unidos (véase Motlagh, James: "Should Anthropologists Help Contain the Taliban?", *Time*, 1 de julio de 2010.

<sup>81</sup> Said, Edward (2013): *Orientalismo*, Madrid, Biblioteca del Bolsillo.

<sup>82</sup> Véase el trabajo de Best, Shaun: "Liquid Terrorism: Altruistic Fundamentalism in the Context of Liquid Modernity", en <http://soc.sagepub.com/content/44/4/678.short>.



precisión, pone en entredicho el tinglado jurídico que fundaba el equilibrio westfaliano, que suponía el reconocimiento jurídico y político del enemigo: sencillamente un Estado con iguales derechos y deberes en la comunidad internacional. Al respecto, van Creveld opta por una solución jurídica estándar, es decir la pertenencia (o no) de éstos nuevos actores a la comunidad internacional de derecho:

"los combatientes legítimos son generalmente clasificados como enemigos, los ilegítimos como rebeldes, conspiradores, guerrilleros, terroristas, ladrones, bandidos o criminales. Nada más porque uno se espera reciprocidad, los combatientes legítimos son a menudo tratados con cierto grado de consideración"<sup>83</sup>.

Pues, actores que operan de manera reticular y a menudo carecen de representación política propiamente dicha, no pueden ser reconocidos como sujetos jurídicos y políticos. El criterio de Van Creveld, que distingue los sujetos legítimos de los ilegítimos sobre la base del mutuo reconocimiento, tiene sentido y es conforme a las normas generales del derecho internacional, pero peca de cierta miopía cultural que pone en la misma categoría fenómenos distintos como el narcotráfico o los señores de la guerra con movimientos que tienen finalidades más políticas, como algunas formas de guerrilla o movimientos independentistas de lucha armada: si los primeros viven al margen de la comunidad internacional y se aprovechan de unos espacios de maniobra (como los fallos legislativos, la debilidad o la complicidad de algunos Estados) para sus negocios, los segundos se remiten a códigos político-morales antagonistas y desconocen la soberanía del Estado (se piense en fenómenos por los demás distintos como E.T.A., Hezbollah, o el E.Z.L.N.).

Esta dificultad de crear un tipo de relación con el enemigo basada en el derecho bélico, ha hecho que Occidente respondiera a las amenazas a su seguridad con una estrategia bélica *indiferenciada*. Se trata, como veremos a continuación, de un tipo de estrategia que refleja (y a la vez refuerza) la no distinción entre espacio civil y militar. Por lo general, la respuesta militar ha sido resiliente y adaptativa. El concepto lo esclarece Antoine Bousquet, el cual afirma que a mitad de los años '70, tras el fracaso de la guerra en Vietnam y tras los desarrollos de los sistemas matemáticos no lineales (y la aplicación del análisis cibernético a las ideas de auto-organización), emergen las así denominadas teorías del caos y de la complejidad (chaoplexity en las palabras del mismo autor)<sup>84</sup>. Estas teorías constituyeron la base de aquella estrategia que en los años '90, como recordábamos, se conocerá con el nombre de "doctrina de la guerra network-centrica" o de las redes. En aquellos años se empieza a pensar la red como la nueva morfología de las sociedades contemporáneas en general y también en el ámbito de la doctrina militar se enfatiza el aspecto de horizontalidad, descentralización, agrupamiento y auto iniciativa de los nuevos actores. Bousquet recuerda que el propio Pentágono se enteró de que aquellos que mejor lograron adoptar estructuras organizativas descentradas fueron las redes yihadistas que infligieron importantes pérdidas a las fuerzas estadounidenses en Afganistán e Irak<sup>85</sup>. En pocas palabras: los conceptos de adaptación, flexibilidad y emergencia reflejan una visión de las nuevas guerras como sistemas complejos donde variables no lineales interaccionan constantemente. El propio campo de batalla ya no es visto como un terreno donde sea posible detectar un enemigo preciso o lograr una batalla cabal, sino como un espacio dinámico y cambiante donde los actores, las tácticas, y las mismas reglas, se encuentran en un flujo perpetuo.

<sup>83</sup> Van Creveld, "The culture of war...", *op.cit.*, p.133

<sup>84</sup> Bousquet, Anthony: "Chaoplexic Warfare or the Future of Military Organization," *International Affairs*, vol. 84, nº. 5 (2008), p. 918.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 916.



Al respecto, es llamativo el cambio de rumbo que hubo de Bush a Obama, que ha significado también un cambio de prioridades y de enemigo. En cierto sentido, Bush seguía siendo el representante de un modelo "viejo" de guerra, como apunta el propio Obama cuando, en un discurso de campaña electoral del 2007, resalta la paradoja de combatir el terrorismo del siglo XXI, que no procede de ningún Estado, justo invadiendo y ocupando un Estado<sup>86</sup>. Pues, el enemigo contra el cual luchaba Bush seguía siendo un enemigo externo y detectable: el terrorista<sup>87</sup>. La Guerra al terror de la época Bush, aunque haya reintroducido la figura del enemigo, le ha atribuido todas aquellas connotaciones morales despectivas que Schmitt advertía como dañinas para la conducción de una guerra<sup>88</sup>. Algo distinto pasa con el comienzo del mandato presidencial de Barak Obama, en cuanto se abandona la tradicional estrategia unilateral de intervención militar para adoptar un enfoque distinto. Una retórica más conciliadora que hace hincapié en el papel de la diplomacia, en el *peacekeeping* multilateral, en la reconstrucción de las sociedades devastadas por el conflicto, y que hacía pensar en el fin del unilateralismo estadounidense, acompaña el cambio de prioridades bélicas y, sobre todo, un cambio de atención del terrorismo a la insurgencia. Sin embargo, como ya tuvimos ocasión de precisar, la finalidad de "ganar las mentes y los corazones" no es ninguna novedad de la administración Obama, sino que ya correspondía a las tácticas de contrainsurgencia que utilizó el general Petraeus en Irak. De hecho, Rupert Smith nota que fue bajo la administración Bush que se pasó de una guerra "tradicional" contra la gente, a una guerra entre la gente, es decir, una táctica bélica por la cual la población civil ya no se queda afuera del conflicto, sino que se vuelve parte importante de la prevención contra el nacimiento de sacas insurgentes<sup>89</sup>.

Lo que sí cambia con la presidencia Obama es el abandono de la retórica altamente emotiva de la época Bush acerca del enemigo, representado como un soldado del "Imperio del mal", para abrazar un discurso más apacible que subraya el aspecto de la escucha y del diálogo<sup>90</sup>. De hecho, lo que parece cambiar de verdad de la época Bush a la de Obama es exactamente una distinta construcción discursiva del enemigo.

Coleen Bell y Brad Evans notan que con Obama, hubo un cambio de atención (y de lenguaje), de la figura del terrorista a la del insurgente. La retórica agresiva alrededor del terrorismo que había dominado en los ambientes neo-con de la administración Bush, deja paso a una lógica de "recuperación" del enemigo. En esto consistiría, según los dos académicos, el verdadero *turning point* entre las dos administraciones<sup>91</sup>. Pero, lo que más destaca tras este cambio es sobre todo una distinta percepción del enemigo. Los propios

<sup>86</sup> Obama, Barak: "The war we need to win" (2007), en [http://www.barackobama.com/2007/08/01/the\\_war\\_we\\_need\\_to\\_win.php](http://www.barackobama.com/2007/08/01/the_war_we_need_to_win.php).

<sup>87</sup> Greenberg y Dratel por ejemplo revelan que la administración Bush utilizó términos como "enemigo preso de guerra" o "luchador civil" que nunca han tenido cabida en códigos de guerra o en la legislación internacional (Greenberg, K.; Joshua, L. y Dratel, J.L. (eds.) (2008): *The Enemy Combatant Papers: American Justice, the Courts, and the War on Terror*, Cambridge, Cambridge University Press, p. x).

<sup>88</sup> El mismo concepto ha vuelto a aparecer ahora en Francia. Tras el reciente (07/01/2015) ataque al periódico satírico Charlie Hebdo por parte de células yemenitas de Al-Quaeda, y el asalto al día siguiente, de una tienda judía, donde perdieron la vida 17 personas, el primer ministro Manuel Valls declara la "guerra al terror", y propone una serie de medidas para luchar contra el yihadismo, sobre todo un mejoramiento de los servicios de inteligencia a través de la creación 432 nuevos puestos en la dirección general de seguridad interior (entre ellos: informáticos, analistas, investigadores e intérpretes): "War with terrorism, not with Islam, PM Valls says", *BBC*, 13 January 2015, en <http://www.bbc.com/news/world-europe-30794973>.

<sup>89</sup> Smith, Rupert (2006): *The utility of force: the art of war in the modern world*, London, Penguin, cit en Bell y Evans, *op.cit.*, p. 374.

<sup>90</sup> Véase Gadinger, Frank: "Practices of U.S. foreign policy: a process-oriented analysis of the 'war on terror'", paper presentado en la *50th Annual 75 International Studies Association Convention*, Nueva York (15-18 febrero 2009), en [http://www.allacademic.com/meta/p313625\\_index.html](http://www.allacademic.com/meta/p313625_index.html).

<sup>91</sup> Bell, Coleen y Evans, Brad: "Terrorism to Insurgency: Mapping the Post -Intervention Security Terrain", *Journal of Intervention and Statebuilding*, vol. 4, nº 3 (2010), pp. 371-390, 374.



autores notan, muy acertadamente, que el insurrecto tiene características que no encajan con el perfil "clásico" de enemigo. En cambio, él se podría definir una subjetividad "adaptativa". Expliquémonos.

En primer lugar, mientras los terroristas son siempre una minoría, en cuanto raras veces logran un apoyo consistente por parte de la población local, los insurrectos, aunque utilicen tácticas parecidas al terrorista, logran ejercer alguna forma de soberanía sobre un territorio específico. En segundo lugar, mientras el terrorismo tiene un carácter sobre todo transnacional, la insurrección procura arraigarse en un territorio dado para liberarlo de la ocupación, independizarlo etc. Por último la presencia de la insurrección en un territorio dado, abre el paso a la posibilidad de una alternativa política, es decir, a la transformación de la insurrección en un proceso político constitucional. Pues, mientras el terrorista es tildado como "absolutamente diferente", como alguien que abraza una causa "nihilista", "sin-razón", "apocalíptica" y que de ninguna manera se puede traducir en términos políticos-contractuales ("con los terroristas no se pacta"), el insurgente goza, en cambio, de alguna legitimidad: él es sólo "relativamente diferente". Como la población de la cual forma parte, el insurgente no tiene que ser completamente abandonado, sino que es menester trabajar juntos para salvar su vida de las condiciones desafortunadas en que se halla. Los insurrectos, en conclusión, no se encuentran en una posición de total exclusión, sino de subordinación jerárquica, y son siempre potencialmente asimilables a los marcos jurídico-políticos del Occidente<sup>92</sup>. Al insurrecto ya no se le ve como el enemigo para aniquilar sino como un potencial miembro de la colectividad, cuyas debilidades y necesidades es preciso descubrir para intervenir biopolíticamente sobre ellas. Por esto, decíamos, su subjetividad es "adaptativa" al contexto político y a la cultura occidental: es alguien que, potencialmente, es susceptible de participar en el bando de los amigos. En una palabra: el problema de la insurrección se vuelve un problema de orden social a largo plazo, que afecta una amplia gama de factores, desde la inestabilidad política general hasta la corrupción<sup>93</sup>. Los programas de contrainsurgencia entonces, más que la eliminación del enemigo, quieren adquirir las informaciones necesarias para sacar a la población del estado de vulnerabilidad y de inferioridad económica y cultural<sup>94</sup>.

Michael Dillon y Julien Reid se refieren al *Human Terrain System* (como sistema para colmar la diversidad y entender el "enemigo") como *liberal way of war*, viéndole en ello no una ruptura con la vieja táctica basada en la fuerza militar y la ocupación, sino una condición de aquella. Los dos autores subrayan que uno se equivocaría en pensar que haya una incompatibilidad entre las que Kagan llamó las dos "visiones del mundo", es decir, una hard/militar y otra soft/humanitaria. Y eso no solamente porque la intervención humanitaria siempre va precedida por la inevitable intervención bélica, sino porque la estrategia *soft*, más bien que un momento de transgresión fuera del marco liberal tradicional o de barbaridad preliberal, representa a cambio la "condición de posibilidad" para la producción de relaciones de poder en las cuales la vida humana es liberada, manipulada, restringida etc., en un juego cuya finalidad no es "ganar la guerra para la humanidad, sino sobre la humanidad"<sup>95</sup>. Pues, para los dos autores, las nuevas guerras "responden" perfectamente a la exigencia liberal de

<sup>92</sup> También podríamos ver la diferencia entre terrorista e insurrecto como una diferente ubicación respecto del poder soberano: el terrorista se halla en una absoluta exterioridad, con lo cual no hay posibilidad de negociación con ellos; distintamente los insurrectos no se ubican en una relación de exclusión sino de inclusión jerárquica en el engranaje de poder.

<sup>93</sup> Un ejemplo de esta actitud nos la provee David Kilcullen que afirma que la contrainsurgencia tiene un papel revolucionario en cuanto lucha contra aquellas fuerzas que se oponen al progreso y quieren retrasar las lancillas del reloj en el pasado Kilcullen, David: "Counter-Insurgency Redux", *Survival*, vol. 48, no. 4 (2006).

<sup>94</sup> Bell y Evans, *op.cit.*, pp. 377-378.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 20.



ejercer un control biopolítico sobre las poblaciones antes invadidas militarmente y, en éste sentido, no representan ninguna fractura con el viejo orden. Pues, no sólo la contrainsurgencia guarda elementos de doctrina militar, sino que es tal vez el medio más eficaz para implantar las prácticas liberales de intervención de paz. En pocas palabras, los programas de contrainsurgencia no se limitan sólo y únicamente a la prevención del riesgo que representan las sacas insurgentes, sino que incorporan una más general voluntad de *global governance* que relaciona los aspectos sociales, políticos y económicos de las sociedades donde interviene, con el problema de la seguridad internacional. En éste sentido, la administración Obama sólo habría llevado a sus extremas consecuencias el programa empezado por el precedente gobierno Bush. Colleen Bell vuelve sobre el tema en otro escrito donde profundiza la crítica a la estrategia de contrainsurgencia viéndolo en ella una prosecución del modelo bélico aún más pernicioso en cuanto disfrazado de intervención humanitaria. La autora afirma que los modernos programas de contrainsurgencia, en la medida en que dejan la "vieja" intervención militar para enfocarse en la reconstrucción y el desarrollo humanitario, se proponen una finalidad mucho más ambiciosa que la victoria, es decir, la voluntad de ocupación a largo plazo y de re-estructuración total de la sociedad<sup>96</sup>. En una palabra: el esquema bélico no desaparece, sólo se derrama en las relaciones sociales: los programas de contrainsurgencia representan una "civilización del estado de guerra".

Ahora bien. El reciente desenvolvimiento de la situación en Siria y Ucrania merece alguna atención nada más porque reintroduce lógicas políticas y técnicas bélicas que parecían haber desaparecido de la geopolítica de las "nuevas guerras". Al respecto una breve (y sin ánimo de ser exhaustiva) recapitulación de los acontecimientos resulta útil.

En cuanto a Siria<sup>97</sup>, el régimen de Assad muestra muchas características de un Estado débil. Ha contado con un ejército regular (La Guardia Republicana), donde las deserciones son frecuentes y que actúa al lado de agencias de Inteligencia y de las despiadadas milicias Shabbiha. Además, el gobierno ha armado a la población alauita, fomentando el odio hacia la numerosa comunidad sunita. Por el otro lado, la oposición se encuentra extremadamente fragmentada. El Consejo Nacional Sirio, principal representante "institucional" de la oposición al régimen, ha tenido poca o ninguna capacidad de influencia sobre el Ejército Sirio de Liberación, con base en Turquía y que estaba compuesto por soldados desertores y tiene sus propias brigadas independientes<sup>98</sup>. Las milicias rebeldes se componían de alrededor de 30.000 guerrilleros, divididos en casi 50 facciones en lucha para una Revolución ya vaciada de los contenidos reformadores que la caracterizaban en un principio. Esta situación ya de por sí muy complicada se vio agravada por la participación, entre los rangos de la oposición, de grupos yihadistas a menudo financiados por gobiernos regionales o donantes no estatales que están interesados en promover intereses estratégicos<sup>99</sup>. Se trata de organizaciones que,

<sup>96</sup> Bell recuerda la inversión foucaultiana de la frase de Clausewitz, según la cual "la política es la guerra con otros medios", es decir, las relaciones sociales son investidas de la fuerza de la guerra. Pues, mientras el poder político siempre ha pretendido presentarse como apaciguador de la conflictividad bélica, según Foucault, ello en realidad mantiene el desequilibrio de las relaciones de poder que tuvieron lugar en el campo de batalla. La paz no es entonces un "sitio" antitético a la guerra, sino la prosecución del estado de combate en otro terreno (Bell, "Civilization of warfare...", *op.cit.* pp. 322-326).

<sup>97</sup> Cuando, en marzo de 2011, un grupo de adolescentes fue detenido en la ciudad de Dara por haber dibujado un grafiti contrario al régimen, su arresto provocó una ola de manifestaciones en la ciudad y choques contra la policía. El gobierno de Damasco respondió a las protestas de forma brutal, enviando tanques a Homs, Dara y Damasco. La protesta, en un principio pacífica, pronto se convirtió en una oposición armada al régimen. Los primeros grupos armados estaban constituidos tanto por militares desertores como por civiles.

<sup>98</sup> Como la *Hamza Al-Qatib Brigade* o el *Salaheddine Al-Ayoubi*.

<sup>99</sup> Véase: Taylor, Guy: "Qatar allows money to flow to Islamic State, other terror: report.", *The Washington post*, 10 de diciembre de 2014, en <http://www.washingtontimes.com/news/2014/dec/10/qatar-allows-money-flow-isis-other-terrorists-repo/?page=all>.



también por el número de componentes que han conseguido reclutar, han contribuido a cambiar el panorama del conflicto<sup>100</sup>. Las potencias occidentales, Rusia, Irán y, de forma especial, Turquía y los estados sunitas del Consejo de Cooperación del Golfo han intervenido intempestivamente apoyando a unos y otros, promoviendo la ayuda humanitaria y decretando sanciones al gobierno de Assad en el caso de los Estados occidentales. Posteriormente, la integridad territorial de Siria ha sido violada por una coalición de más de 60 países que ha efectuado ataques aéreos contra la presencia del ISIS en la zona<sup>101</sup>.

En este caso, el conflicto acontece entre una entidad estatal, eso es el gobierno de Assad, y una miríada de micro-actores, es decir los grupos armados rebeldes, apoyados por

---

Véase también: Nadine, Roberta y Gervasi Rosania: "Who funds ISIS. Qatar and state sponsoring allegations", en *International Security Observer*, 23 de diciembre de 2014, en <http://securityobserver.org/who-funds-isis-qatar-and-state-sponsoring-allegations/>.

<sup>100</sup> La guerra en Siria es ilegal. Ella viola el Derecho Internacional Humanitario, como los Derechos Humanos. Según las últimas estimas del UNHCR hay casi cuatro millones de refugiados sirios y más de 220.000 muertos (casi 2000 por los ataques químicos de Assad). Para datos actualizados, véase <http://data.unhcr.org/syrianrefugees/regional.php>.

<sup>101</sup> El 10 de Septiembre, Obama anunció la asunción de responsabilidades por parte estadounidense en movilizar la comunidad internacional hacia el objetivo de destruir el ISIS. Obama enuncia una estrategia en cuatro puntos para desafiar y vencer el Estado Islámico: 1) "Una campaña sistemática de ataques aéreos contra el ISIS", en Siria y en Irak. 2) "Creciente apoyo a las fuerzas que combaten al EIIS en el terreno", aunque EEUU, distintamente de lo que pasó en Irak y Afganistán, no enviará oficialmente fuerzas terrestres sino consejeros e instructores (otros 475 llegarán próximamente a Irak). También se financiará y armará (gracias a la adopción en el Congreso de una ley ad hoc) a las fuerzas iraquíes y kurdas y, en Siria, a los grupos que combaten contra "el régimen de Assad que aterroriza a su pueblo" y contra "los extremistas como el ISIS". 3) Se querrá "aprovechar nuestras considerables capacidades en materia de antiterrorismo para prevenir los ataques del ISIS", con la ayuda de los socios, entre ellos Israel, que ya se declaró dispuesto a compartir la información que han recogido sus propios servicios de inteligencia. 4) "Prestar asistencia humanitaria a los civiles inocentes expulsados de sus hogares por" el ISIS (Véase Obama, Barak: "Plan para destruir el Estado Islámico (discurso)", disponible en <http://www.voltairenet.org/article185311.html>).

Cinco días más tarde, en la conferencia de París, formalizó la constitución de una coalición que tuviera la finalidad de garantizar la unidad, la integridad territorial y la soberanía de Irak y que utilizase todos los medios necesarios para desarraigar el IS del escenario regional. La operación, llamada "Inherent Resolve", bajo la bendición de las Naciones Unidas, la Liga Árabe, y la Unión Europea, aúna más de 60 estados en respuesta a las llamadas de socorro por parte de las autoridades iraquíes. Si en cambio, analizamos la intervención desde un perfil de derecho internacional, surgen algunas dudas acerca de su legalidad. En primer lugar, el gobierno de Al-Assad ha rechazado la colaboración con los EEUU contra el ISIS a menos que no fuese concertada con el gobierno sirio. Pero esta hipótesis fue rechazada por el gobierno estadounidense. La intervención entonces no se sitúa en la hipótesis de consenso, ni entraña el sistema de seguridad colectivo de las Naciones Unidas. Sin embargo, el Consejo de Seguridad aprobó, en la fecha del 15 de Agosto de 2014, la resolución 2170, donde calificaba el terrorismo, en todas sus formas y manifestaciones, como una de las amenazas más graves para la seguridad internacional (par 1). Ha afirmado la condena al ISIS y a todas las organizaciones asociadas con al-Qaeda. Sin embargo, y a pesar de perfilar la posibilidad de considerar los ataques del ISIS contra la población civil como "crímenes contra la humanidad", el Consejo no ha deliberado para una intervención militar, sino sólo (sobre la base del art. 41) sobre a la adopción de sanciones individuales a miembros del IS, así como la sugerencia a los Estados a no vender armas u otro material bélico a personas relacionadas con el ISIS. Pues, la intervención militar hasta resulta contraria al art. 2.4 de la Carta relativa a la prohibición del uso de la fuerza. La única "justificación" para ello sería la obligación moral para proteger los derechos humanos en el caso de que el Consejo de Seguridad, órgano al cual los estados han conferido la responsabilidad del mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional (art. 24) resultase bloqueado. De hecho, el concepto de Responsabilidad de proteger, del International Commission on Intervention and State Sovereignty (ICISS) define un nuevo concepto de soberanía: no sólo como derecho del Estado de ejercer su jurisdicción sobre los individuos en su territorio, sino también como deber para garantizar su protección. Pues, si el Estado no cumple este papel, está claro que la comunidad internacional se encarga de ello de manera supletoria y complementaria. Aun así hace falta notar que la intervención armada necesita de la aprobación de la Asamblea General en una sesión especial de emergencia, o de la acción de las Organizaciones regionales que estarían, en última instancia, supeditadas a la aprobación (aunque ex post) del Consejo de seguridad. Esto no ha pasado en el caso de los ataques estadounidenses a Siria. Véase <http://responsibilitytoprotect.org/ICISS%20Report.pdf>.



entidades regionales, estatales y no estatales, y por el terrorismo de grupos musulmanes. Así pues, desde el punto de vista estrictamente legal-formal, no hubo guerra en el sentido moderno del término: ningún Estado declaró formalmente guerra a otro. A primera vista, esto confirmaría la tesis de Kaldor que hemos examinado en este apartado, aunque habría que considerar dos factores más. En primer lugar, muchos se han referido al conflicto en cuestión como guerra subsidiaria (*proxy war*), esto es, una guerra donde las grandes potencias utilizan a terceros (mercenarios encubiertos, grupos guerrilleros revolucionarios, yihadistas, etc.) como sustitutos<sup>102</sup>. Los analistas coinciden en que, en la llamada Guerra Civil Siria, se mueven los intereses de potencias regionales y globales que influyen en el equilibrio de poder de manera determinante. En segundo lugar, aunque no haya estallado una "guerra clásica", siempre hubo posibilidad de guerra. En un momento dado, Estados Unidos sopesó la posibilidad de un ataque militar como respuesta al uso masivo de armas químicas contra el pueblo sirio por parte de Assad. La intervención militar no se llevó a cabo y en su lugar se llegó a un acuerdo diplomático, acordado por Rusia y Estados Unidos y en base al cual Siria accedía al desmantelamiento (bajo supervisión internacional) de todo su arsenal químico<sup>103</sup>. De hecho, siempre ha habido posibilidad de que el conflicto sirio se expandiese a los países vecinos y desembocara en una guerra "moderna"<sup>104</sup>.

Por último, podemos ejemplificar y recordar los sucesos de Rojava (el Kurdistán sirio) por la anomalía que esta región representa en el panorama internacional. Cuando en 2012 (en plena Guerra Civil) las fuerzas de Assad se retiraron de los enclaves kurdos, dejando el

<sup>102</sup> Para As'ad AbuKhail hay por lo menos ocho guerras subsidiarias que tienen lugar en el conflicto sirio: a) la guerra interna wahabita, b) la guerra Irán-Arabia Saudí, c) la guerra suní-chií, d) la guerra Rusia- EEUU, e) la guerra Qatar-Arabia Saudí, f) la guerra Hezbollah- el Movimiento para el Futuro, g) la guerra entre distintas identidades al interior del Islam y h) una guerra regional entre los Hermanos Musulmanes y los Salafíes.

Véase AbuKhail, Assad: "The 8 proxy wars going on in Syria right now", *The Huffington Post*, 24 de noviembre de 2014, en [http://www.huffingtonpost.com/asad-abukhalil/syria-proxy-wars\\_b\\_5874488.html](http://www.huffingtonpost.com/asad-abukhalil/syria-proxy-wars_b_5874488.html).

Véase también el interesante artículo de Estrin R.M. y Shapiro, J.: "The proxy war problem in Syria", *Foreign Policy*, 4 de Febrero de 2015, en <http://foreignpolicy.com/2014/02/04/the-proxy-war-problem-in-syria/>.

<sup>103</sup> Entre las razones más probables (y acreditadas entre los analistas) de la no-intervención de Occidente hay por un lado un miedo acerca de la posible expansión del conflicto desde Siria hacia los países colindantes, pero por el otro también la preocupación sobre los efectos, potencial y paradójicamente beneficiosos de la intervención para el mismo Assad, lo cual se debería no sólo a una impreparación estratégica en caso de ataque, sino sobre todo a la reticencia del pueblo sirio a aceptar una intervención liderada por Occidente. Por otro lado, Assad ha podido gozar de unas circunstancias muy favorables para él. De hecho, aunque Rusia y China brindasen apoyo diplomático al régimen sirio, sin embargo no se habrían comprometido a una guerra al lado sirio (e Irán tampoco). Pero la decisión de Hezbollah de apoyar militarmente a Assad se reveló fundamental tanto militar como políticamente (como por ejemplo la victoria en la simbólica batalla de Qusair). Sin ello, es probable que el Kremlin hubiese retirado su apoyo a un régimen en derrota. El apoyo a Assad por parte de Rusia, China y sobre todo Irán ni se debe, claro está, a una genérica postura ideológica "anti-occidental", ni sólo exclusivamente al miedo al cambio del equilibrio geopolítico en la zona, pero tampoco al hecho, extremadamente contingente, de que por el momento no hay una alternativa real a Assad, encontrándose la oposición totalmente fragmentada.

<sup>104</sup> Sería el caso de Líbano, que tiene que lidiar con el mayor número de refugiados sirios (el 25% de la población), o de Irak, donde también la inmigración masiva de suníes por un lado, y el apoyo del gobierno iraquí a Assad, ha acuciado las tensiones entre la gran mayoría chií y la minoría suní que se siente marginalizada (y que ha empezado a radicalizarse en grupos militarmente fuertes como demuestra la toma de Faluya por parte del ISIS). Pero se darían tensiones también en Turquía, donde la presencia de casi 600.000 refugiados sirios alrededor de la frontera sur de Turquía amenaza en la provincia con provocar tensiones étnicas con la población local; además, al gobierno de Ankara también le preocupa el fortalecimiento del Partido Democrático Sirio, aliado del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) en el norte de Siria. Por último, Jordania con 550.000 refugiados sirios en su territorio, y un número creciente de yihadistas que cruzan la frontera siria para afiliarse a al-Qaeda teme tanto las represalias del régimen sirio, como la posibilidad de que los yihadistas que ahora combaten en Siria se conviertan, en un futuro próximo, en una amenaza para la seguridad de Jordania. Véase: CIDOB: "Una guía al conflicto sirio: 10 preguntas claves", en [http://www.cidob.org/es/publicaciones/dossiers/conflicto\\_en\\_siria/una\\_guia\\_al\\_conflicto\\_sirio\\_10\\_preguntas\\_claves](http://www.cidob.org/es/publicaciones/dossiers/conflicto_en_siria/una_guia_al_conflicto_sirio_10_preguntas_claves).



control a las milicias locales, el Comité Supremo Kurdo creó Unidades de Protección Popular (YPG) para proteger los territorios sirios habitados por kurdos. En pocas semanas el YPG tomó el control de las ciudades de Kobane, Amuda, Afrin, donde los dos mayores partidos kurdos (el Partido de la Unión Democrática y el Consejo Nacional Kurdo) formaron un comité para administrarlas. Aunque las ciudades de Hasaka y Quamishli sigan bajo el control del gobierno sirio, todo el Rojava es *de facto* una región autónoma, administrada por "El Movimiento para una Sociedad Democrática", una coalición inclusiva desde el punto de vista étnico y religioso (kurdos, turcomanos, musulmanes, cristianos, árabes, etc.), y que tiene la finalidad de organizar una variedad de comités, comunas, grupos en los barrios, en los pueblos, en las ciudades grandes y pequeñas para discutir de los problemas diarios de la gente. Los dos pilares de la administración son por un lado la democracia directa, basada en el municipalismo libertario (inspirado en las propuestas del autor anarquista Murray Bookchin), donde los ciudadanos participan en las decisiones comunes, desde el barrio hasta el ayuntamiento; y el anti-estatalismo tanto en la filosofía como en la práctica. De hecho, a finales de 2013, se redactó una Constitución (la Carta de Contrato Social) y a principio de 2014 se formaron tres cantones (Cizre, Kobane, Afrin) basados en la auto-determinación democrática y autónoma. Tanto en la constitución como en la práctica administrativa diaria de los cantones, se evitan términos como "Estado", "Gobierno", y se prefiere utilizar el término "Administración".

Aunque sea temprano para poder prever el desarrollo de los acontecimientos en Rojava, hasta ahora se presenta una situación *sui generis*, donde una entidad no estatal, y que no quiere serlo, pero que tampoco es insurgente o terrorista, utiliza la fuerza contra entidades estatales (principalmente el gobierno sirio y el turco) y no estatales (ISIS). Además, el mismo territorio del Rojava no es físicamente homogéneo, siendo dividido en enclaves situados entre Turquía, los yihadistas del ISIS, y las fuerzas de Assad. Habrá que ver, en los próximos meses cuáles serán los canales de discusión y reconocimiento de esta entidad.

El otro caso es el de Ucrania<sup>105</sup>. No obstante dos tentativas para pacificar la zona, esto es, los acuerdos de Minsk I (5 y 19 de Septiembre de 2014) y el más reciente (12 de Febrero de 2015) Minsk II<sup>106</sup>, la situación bélica (y diplomática) sigue siendo muy tensa. Crimea se ha

---

<sup>105</sup> Aquí, el conflicto empezó en el noviembre de 2013, cuando centenas de manifestantes ocuparon la Plaza de la Independencia en Kiev para protestar contra la decisión del presidente Víctor Yanukóvich por suspender la firma del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. Ante la represión, las protestas pronto se hicieron masivas, ante la indignación de numerosos ciudadanos por el autoritarismo y los escándalos de corrupción de la administración de Víctor Yanukóvich y del gobierno presidido por el primer ministro Mikola Azárov. La siguiente revolución del Euromaidán llevó a la caída, en Febrero de 2014, de Yanukóvich (que se vio obligado a exiliarse a Rusia) y a la llegada al poder de un gobierno de corte europeísta. Sin embargo, una revuelta apoyada por la Federación Rusa en la península de Crimea llevó a su ulterior anexión por parte de Moscú, al tiempo que en las regiones fronterizas del Donbás (al este del país) se dieron también revueltas pro-rusas, con manifestantes armados ocupando edificios gubernamentales y declarando la independencia respecto del gobierno de Kiev. El 17 de Abril, representantes de Ucrania, Rusia, Europa y Estados Unidos firmaron en Ginebra un acuerdo que procuraba poner fin al conflicto y garantizar que las medidas tomadas hubieran sido supervisadas por observadores del OCSE. Sin embargo, las milicias pro-rusas no aceptaron el acuerdo y las revueltas se extendieron ante la impotencia del gobierno de Kiev, fructificando las revueltas en la creación de las repúblicas autoproclamadas de Lugansk y Donetsk, apoyadas de forma encubierta por efectivos rusos. La elección del hombre de negocio Petró Poroshenko en las presidenciales de Mayo no logró mejorar la situación: el Parlamento, que había sido formado durante el precedente gobierno, de hecho bloqueó varias leyes que tenían como finalidad la de reformar el País. La ley anti-corrupción pasó pero con numerosos enmiendas (aunque las leyes sobre las transmisiones televisivas públicas, la reforma de la educación superior, y el acceso a la información pública, pasaron, fracasó el paquete de leyes que regulaban el sistema de tasas).

<sup>106</sup> En cuanto al Minsk I, el acuerdo fue llevado al cabo por el Grupo de Contacto Trilateral sobre Ucrania, donde representantes de Ucrania (tanto del gobierno de Kiev, como de la República Popular de Donetsk y de la República Popular de Lugansk), Rusia y de la OSCE se reunieron con la finalidad de encontrar una solución a los enfrentamientos que tenían lugar en la parte sur y este de Ucrania. Los encuentros culminaron en el famoso



independizado a través de una declaración unilateral (11 de Marzo de 2014) y en los distritos de Donetsk y Lugansk se llevó al cabo un referendo sobre la autodeterminación (11 de Mayo). Sin entrar en detalles jurídicos que nos desviarían de la finalidad de este artículo, subrayamos la peculiaridad del conflicto. Tenemos por un lado un gobierno legítimo, el de Kiev, guiado por un presidente (Poroshenko) elegido en elecciones libres, y apoyado por la Unión Europea, Francia, Alemania, y Estados Unidos; por el otro lado, nos encontramos con entidades regionales (Crimea, ya parte de la Federación Rusa, y las provincias de Donetsk y Lugansk) que se han independizado bajo el apadrinamiento ruso a través de una declaración unilateral. Ya en las primeras etapas del conflicto, los manifestantes anti-Maidán y pro-rusos de Donetsk y Lugansk fueron ocupando las sedes administrativas y de los medios de comunicación, a veces también con la connivencia, o por lo menos ante la pasividad de las fuerzas policiales (con lo cual el movimiento estuvo armado desde el comienzo)<sup>107</sup>. Pero el mayor logro de la

---

protocolo de Minsk, del 5 de septiembre, con 12 puntos, y donde se decidió: a) un cese del fuego por parte bilateral; b) un control del cese por parte de representantes del OSCE; c) descentralización del poder para garantizar el auto-gobierno de las provincias de Donetsk y Luhansk; d) garantizar la monitorización permanente de la frontera ucraniano-rusa y la creación de una zona de seguridad en las zonas fronterizas, por parte OSCE; e) inmediata liberación de los rehenes; f) una ley que impide la acusación a personas por cargos relacionados con los acontecimientos de Donetsk y Luhansk; g) continuar el diálogo a nivel nacional; h) tomar medidas para la mejora de la situación humanitaria; i) garantizar tempranas elecciones locales; j) retirar todos los grupos armados ilegales y equipamiento militar, así como mercenarios, de Ucrania; k) adoptar un programa de recuperación económica y de reconstrucción de la región de Donbass; l) proveer seguridad personal a los participantes en las consultas; el 19 de septiembre se aprobó el llamado memorando de Minsk, donde se establecían puntos adicionales para garantizar la retirada de armamento de la línea de alto el fuego. Sin embargo el alto al fuego sería violado varias veces por ambas partes.

En Minsk II, aprobado el 12 de febrero de 2015 (participaron el presidente ruso Putin, el presidente de Ucrania Poroshenko, la canciller alemana Merkel, el presidente francés Hollande, el líder de la RPD Zajárchenko y el líder de la RPL Plótnitski), se prevé: a) alto el fuego inmediato y completo en determinados distritos de las provincias de Donetsk y Luhansk; b) retirada de las armas pesadas por ambos lados; c) tal retirada ha de efectuarse en 14 días como máximo; d) proceso apoyado por el Grupo de Contacto Trilateral con asistencia de la OSCE; e) la monitorización, a través de satélites, aviones no tripulados, sistemas radio etc., del alto el fuego y de la retirada de las armas pesadas por parte del personal OSCE; f) la creación de una línea de diálogo inmediato para la realización de elecciones locales; g) la ratificación por parte del Parlamento ucraniano de las elecciones en cuestión; h) indulto y amnistía en relación con los acontecimientos que tuvieron lugar en las provincias de Donetsk y Lugansk; i) liberación de todos los rehenes; j) proporcionar el almacenamiento y la distribución de la ayuda humanitaria a los necesitados, sobre la base de un mecanismo internacional; k) el restablecimiento de las relaciones sociales y económicas, como los pagos de pensiones etc.; l) restaurar el control por parte de Kiev del sector bancario del país; m) empoderar el gobierno ucraniano acerca del control de las fronteras de la zona de conflicto; n) retiro de las fuerzas armadas (y de los mercenarios) de fuerzas extranjeras y desarme de todos los grupos ilegales; o) reforma constitucional de Ucrania que garantice la descentralización con respecto a las provincias de Donetsk y Lugansk.

<sup>107</sup> Richard Sakwa separa dos momentos en la crisis ucraniana: las protestas del Euromaidán por un lado, que comenzaron como un movimiento por la transparencia y el buen gobierno, y la intervención de Rusia por el otro, que militarizó progresivamente el movimiento en un sentido nacionalista. De hecho, argumenta Sakwa, la desintegración territorial de Ucrania aconteció en respuesta a la creciente militarización del Maidán y al acallamiento de las fuerzas pluralistas que había originariamente. Según el politólogo, las unidades de autodefensa del Donbás estaban al principio animadas por una sincera hostilidad al programa nacionalista del nuevo gobierno ucraniano, y fue exactamente la represión gubernamental la que radicalizó las protestas y no dejó ningún espacio para el compromiso. Moscú, según Sakwa, intentó aprovecharse de las protestas para presionar al gobierno de Kiev, pero no tuvo ninguna responsabilidad por el brote de las protestas. En cambio, la insistencia de la propaganda occidental contra Putin, presentado como un nuevo Hitler, reveló la escasa importancia que Europa, EEUU y el gobierno de Kiev otorgaban a las decisiones del pueblo ucraniano (sobre todo del este). Pero el análisis de Sakwa es especialmente relevante cuando se pone a examinar la relación ente conflicto internacional y conflicto doméstico. El politólogo argumenta que estas dos lógicas se han reforzado mutuamente con consecuencias desastrosas. En conclusión: la política rusa sobre Ucrania sólo puede ser entendida en el contexto del resentimiento de Putin hacia Occidente, así como las luchas ideológicas internas a Ucrania se explican teniendo en cuenta el aumento de las tensiones Este contra Oeste. Lo interesante del análisis de Sakwa es que presenta a Rusia como una potencia conservadora, interesada en el mantenimiento del statu quo, más que



nuevas repúblicas autoproclamadas y de carácter pseudo-estatal, fue la creación de un ejército unificado que lograrse hacer frente a las fuerzas ucranianas. Frente a la crisis ucraniana, las potencias occidentales se han dividido simétricamente: la UE y Estados Unidos respaldando el gobierno de Kiev e incrementando el número de sanciones al Kremlin (acusado de ser el único responsable de las tensiones separatistas), y Moscú y los territorios ucranianos independientes por el otro. La OTAN ha desplegado sus tropas en países colindantes (Polonia, Rumanía y países bálticos).

También en este caso, no se da el enfrentamiento típico de la guerra moderna (ningún Estado soberano ha declarado formalmente guerra a otro Estado), pero no cabe duda de que Rusia esté detrás de la desestabilización del este de Ucrania, y que las constantes agresiones para la toma del territorio ucraniano sean orquestadas desde Moscú. Todo parece indicar que, como ha observado oportunamente el presidente polaco Donald Tusk, se trata de un "nuevo tipo de guerra, una guerra que no fue declarada"<sup>108</sup>.

Al respecto una precisión es menester. Algunos comentaristas, refiriéndose específicamente a las tácticas bélicas utilizadas en la crisis ucraniana por parte rusa, han hablado de guerra híbrida<sup>109</sup>. La característica híbrida de la guerra en Ucrania estaría en que la intervención rusa se basaría en una multi-dimensionalidad, esto es, comprendería varias acciones más o menos clandestinas, como la infiltración de soldados rusos con uniformes sin identificar en Crimea, o el abastecimientos de armas a los rebeldes de Donbass, o la participación de las Fuerzas Armadas rusas en el adiestramiento de los rebeldes pro-rusos. Esta tesis, sostenida por varios analistas<sup>110</sup>, no está privada de fundamento: de hecho, no cabe duda de que Rusia haya empleado tácticas de guerra no convencionales en Ucrania (ya a partir de los primeros días del conflicto, aparecieron soldados rusos, pero sin distintivos de reconocimiento, los llamados "hombres verdes") y, como vimos, la guerra híbrida no significa de por sí la muerte de la guerra tradicional, sino sólo la complementariedad de tácticas bélicas al interior de un único bando.

En cuanto a la lógica política que esté detrás de la amenaza rusa, ésta es tan vieja como el mundo y repite patrones ampliamente conocidos, cuales son la injerencia de un Estado nación en otro, la financiación, el adiestramiento, o la ayuda a grupos rebeldes de otro país (basta pensar en los EEUU en América Latina en los años '70-80 por ejemplo)<sup>111</sup>. Cabe señalar, por otra parte, que la administración Obama puede haber utilizado en Siria una táctica

---

en la destrucción del orden global (Sakwa, Richard (2015): *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, Londres I.B. Tauris).

<sup>108</sup> "Rusia lleva a cabo una guerra no declarada contra ucrania", *Deutsche Welle*, 3 de mayo de 2014, en <http://www.dw.de/rusia-lleva-a-cabo-una-guerra-no-declarada-contra-ucrania/a-17610976>.

<sup>109</sup> The International Institute for Strategic Studies, "Complex crises call for adaptable and durable capabilities", en <https://www.iiss.org/en/regions/ukraine/mb2015-00b-foreword-eff4>.

<sup>110</sup> Véase Motyl, Alexander J.: "Time for a hybrid warfare against Russia", *World Affairs*, 25 de noviembre de 2014, en

<http://www.worldaffairsjournal.org/blog/alexander-j-motyl/time-hybrid-war-against-russia>.

Véase Hill, Fiona: "Hybrid war: the real reason fighting stopped in Ukraine", *The Japan Times*, 3 de marzo de 2015, en <http://www.japantimes.co.jp/opinion/2015/03/03/commentary/world-commentary/hybrid-war-the-real-reason-fighting-stopped-in-ukraine/#.VQmjK-FhIOY>.

<sup>111</sup> Una última nota sobre el caso: nos parecen fuera de lugar las comparaciones de algunos analistas acerca de un retorno a la Guerra Fría. De hecho, uno podría estar tentado de leer la actual contraposición entre EEUU y Rusia enseña visiones muy diferentes del sistema internacional y de sus reglas (por ejemplo: liberalismo universal estadounidense contra la doctrina de la soberanía nacional rusa), pero hoy en día no sólo es ausente cualquier dimensión ideológica que, en cambio, era fundamental en los años de la Guerra Fría, pero la interdependencia del sistema actual hace impracticable las políticas de potencias tradicionales. No sólo el caso de Ucrania, pero también lo de Siria, ponen de manifiesto la pluralidad de los sujetos involucrados y de la multiplicidad de las dinámicas.



en buena parte diferente a la que Rusia ha utilizado en Ucrania, táctica a la que ha recurrido en varias ocasiones: el uso de las fuerzas especiales <sup>112</sup>.

#### **4. Conclusión**

A lo largo del ensayo intentamos demostrar la metamorfosis de la figura del enemigo en las relaciones internacionales, y como ésta es a menudo una función directa de la metamorfosis del poder soberano y de su capacidad de librar la guerra. Al mismo tiempo vimos cómo la construcción política del enemigo depende de una complejidad de factores, desde los más propiamente geopolíticos (el cambio de equilibrio en la distribución del poder global), a los más ideológicos (la Guerra al Terror) o más propiamente tecnológicos (la potencialidad destructora de la tecnología bélica). Si la Guerra Fría representa ya un primer cambio de paradigma en la manera de relacionarse con el enemigo respecto al modelo westfaliano, es la época contemporánea del periodo post-11/S que marca un paso decisivo. Los modernos programas de contrainsurgencia, renuncian a identificar un enemigo (también por una dificultad objetiva, dada su dispersión en el tejido social) sino que optan por una más sutil "conversión". Las metáforas médicas que son utilizadas en los documentos oficiales de contrainsurgencia, bien explican éste cambio: la insurrección es una infección, una enfermedad que ha de ser procesada con métodos terapéuticos y, en la medida en que la población se queda contaminada, la contrainsurgencia ha fracasado <sup>113</sup>. El enemigo deja de existir como alteridad absoluta, se le deniega el derecho de existir en cuanto "diferente", es decir como portador de un sistema de valores antitético al occidental y de unas finalidades no claramente detectables con la política. El enemigo queda reducido a un problema de incompreensión cultural, donde ya no es la política el pivot que divide y hace comprensible el choque de voluntad entre sujetos opuestos, sino la diferencia cultural que, una vez colmada, anulará el antagonismo. La complejidad del asunto no deja vislumbrar una solución unívoca e incontestable. Sin embargo, nos parece oportuno recuperar la "absoluta alteridad" del enemigo como base para el encuentro/choque con él: denegar el enemigo quiere de hecho monopolizar la *iusta causa*, desconociendo la causa enemiga o, peor, menoscabarla a un problema de conocimiento, "insuficiencia" cultural, retraso económico, escasa formación política etc. Denegando el conflicto, se denegaría, por decirlo otra vez con Schmitt, lo político y se ignoraría la (diferente) visión de la política que tienen actores que no forman parte del marco político occidental. Por el otro lado, vimos que los criterios que se limitan a reconocer como *iustus hostis* sólo a otro Estado ya resultan insuficientes, porque pasan por alto la complejidad de un panorama en el cual la mayoría de las nuevas luchas se dan contra del Estado por parte de actores no estatales. El Estado ya no es el organismo monolítico de tipo westfaliano y su transformación ha de tener en cuenta la acción de subjetividades anti-estatalistas <sup>114</sup>. Nos parece entonces que se deba repensar radicalmente la categoría de enemigo, sin la tentación de

---

<sup>112</sup> Según la declaración del comandante del UsSoCom, almirante William McRaven, ante una comisión senatorial, las fuerzas estadounidenses destinadas a la realización de operaciones especiales están operando en 78 países del mundo entero, tanto en acciones directas, como en funciones de entrenamiento de unidades locales. McRaven no dijo cuáles eran los países involucrados, limitándose a precisar que en Afganistán se ha instaurado un nuevo mando de operaciones especiales, que incluye también las operaciones especiales de la "OTAN Full Committee Hearing on the posture of the U.S. Central Command, U.S. Special Operations Command, and U.S. Transportation Command", en <http://www.gpo.gov/fdsys/pkg/CHRG-113hhr79956/html/CHRG-113hhr79956.htm>.

<sup>113</sup> Bell, Coleen: "Hybrid warfare and its metaphors, Humanity", *An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development*, vol. 3, nº 2 (Verano 2012), pp. 225-247.

<sup>114</sup> Aquí es menester distinguir: no se puede de hecho considerar los carteles de la droga o los señores de la guerra del mismo modo que los movimientos independentistas armados y, por supuesto, no por razones morales, sino por las finalidades a-políticas de los primeros a diferencia de los objetivos muy políticos de los segundos.



atribuirle características morales (despectivas), como ha pasado durante la Guerra al Terror, ni tampoco reducir su estatus y sus motivaciones a un problema de incompreensión cultural (lo cual esconde cierta visión evolucionista) sino reconocerlo en su alteridad política absoluta.

Al mismo tiempo, la lectura de la más reciente actualidad, aunque no nos pueda indicar a ciencia cierta adonde va el sistema internacional, sí que nos permite vislumbrar cierta evolución de los equilibrios mundiales. Los casos analizados evidencian que siempre es posible "la vuelta" a la guerra tradicional. Para ser más precisos: algunos de los nuevos actores globales de carácter molecular que se han abierto brecha tras el final de la Guerra Fría, no pierden importancia estratégica, sino que operan cada vez más al lado de las grandes potencias o por cuenta de ellas, pero actúan en un contexto nuevo y que va cambiando. En este sentido, los conceptos de *proxy war* e *hybrid war* son un ejemplo de esta indefinición tanto de los antagonismos en el campo de batalla, como de la manera de conducir la guerra.

También habría que re-considerar la lógica amigo-enemigo a la luz de los nuevos equilibrios mundiales que se van afirmando. De hecho, aunque sería atrevido afirmar que Occidente se haya vuelto insignificante para el equilibrio mundial, sí que resulta dividido en su interior e irreducible a una voluntad común de acción. Al respecto, nos parece muy lúcido el examen del analista británico Seumas Milne, que reconduce el progresivo tramonto de Occidente a dos fenómenos que tuvieron lugar en el verano de 2008 y que en poco tiempo derrocaron el régimen basado en el Nuevo Orden Mundial. Estos fueron la derrota de Georgia en una breve pero sangrienta guerra contra Rusia acerca de la posesión de Abjasia y Osetia del Sur y, sólo tres semanas más tarde, el colapso de la Lehman Brothers que empantanó el mundo occidental en la crisis más grave después de la del '29. Pues, si el primer acontecimiento puso fin a las dos décadas de predominio del diseño geopolítico estadounidense, la quiebra del sistema bancario americano expuso los límites del propio sistema económico neoliberal que regía la potencia americana<sup>115</sup>.

El tema de cómo pensar un nuevo orden internacional donde Occidente se haya vuelto menos imprescindible suscita debates vivos e inacabados, sin que haya uniformidad de opiniones<sup>116</sup>. Exactamente esta variedad de perspectivas nos lleva a concluir que estamos viviendo un periodo de transición en el orden internacional, y que, tomando prestada una idea de Zygmund Bauman (que a su vez la toma prestada de Gramsci), podríamos llamar "interregnum"<sup>117</sup>. En él, el viejo orden ya ha muerto, pero no consigue afirmarse uno nuevo. Se trata de un periodo de transición y de incertidumbre, pero en el cual es posible vislumbrar unas tendencias. De hecho, en el medio de los debates entre quien afirma que Occidente, y especialmente EEUU, ya ha perdido su papel hegemónico, y quienes por el contrario afirman que se trata simplemente de una serpiente que está cambiando de piel, nos posicionamos (y

<sup>115</sup> Milne, Seumas (2012): *The Revenge of History: The Battle for the 21st Century*, Londres, Verso. De hecho, cuando en 2009 Obama subió al poder, heredó un pesante fardel de la precedente administración: las guerras en Irak y Afganistán, las relaciones con el mundo árabe, y la cuestión de Guantánamo. El segundo mandato de Obama fue sin embargo aún más complicado desde la perspectiva de política exterior, que el primero: las primaveras árabes, la necesidad de contener de las tentaciones militares israelí, el expansionismo ruso en ucrania, y la guerra civil siria.

<sup>116</sup> Acerca del tema, vale la pena mencionar el interesante debate, en la revista *Foreign Affairs*, entre Walter Russell Mead y John Ikenberry: El primero argumenta que actores cuales Rusia, China, o India están volviéndose cada vez más fundamentales para el equilibrio internacional y que se va acercando una especie de nueva Guerra Fría, pues contradiciendo la tesis de Fukuyama acerca del final de la historia (Mead, Walter R. "The Return of Geopolitics. The Revenge of the Revisionist Powers", *Foreign Affairs*, (mayo/junio 2014); el segundo, en cambio, afirma que Mead es demasiado alarmista y que seguimos viviendo en un mundo donde EEUU sigue manteniendo su liderazgo geopolítico (Ikenberry, Jhon G.: "The Illusion of Geopolitics. The Enduring Power of the Liberal Order", *Foreign Affairs* (mayo/junio 2014).

<sup>117</sup> Baumann, Zygmund: "Times of Interregnum", *Ethics and Global Politic*, vol. 5, nº 1 (2012), en <http://www.ethicsandglobalpolitics.net/index.php/egp/article/view/17200>.



sólo por lo que respeta a nuestro discurso) en una posición mediana. No cabe duda que el gobierno Obama ha marcado un cambio de sentido en cuanto a la presencia de EEUU en el tablero internacional. Obama, que desde el comienzo de su mandato ha clara e inequívocamente optado por un repliegue hacia los asuntos internos (reforma sanitaria, reducción de las desigualdades sociales, inversiones en el sector energético, etc.), se ha visto sin embargo involucrado en una serie de conflictos (Libia, Siria, y Ucrania) en los cuales la participación de EEUU ha sido insegura y ha contemporizado. De hecho, a pesar de haber doblado las tropas en Afganistán, haber jugado un papel de calado en la guerra en Libia, y haber utilizado los drones en Pakistán y Yemen, la administración Obama ha mostrado querer enterrar la idea de EEUU como policía del mundo. La reciente (Febrero 2015) publicación de la Estrategia de Seguridad Nacional de los EEUU lo confirma. El documento afirma elementos de continuidad con la versión del 2010, y hace igualmente hincapié en la necesidad del liderazgo americano, pero al mismo tiempo toma nota de los límites del poder estadounidense y confirma la preferencia a la acción multilateral. Asimismo, en el informe de 2015 se subraya mucho más la necesidad de fortalecer las exigencias de política interna<sup>118</sup>. Además, aunque se precise la importancia del papel del ejército, se deja claro que el uso de la fuerza no será la prioridad para la afirmación del liderazgo americano, sino todo lo contrario: ella será selectiva y siempre será parte de una caja de instrumentos mucho más abastecida. Se insiste que el uso de la fuerza "no es el objetivo principal de la implicación estadounidense en el extranjero, ni la más eficaz". En cuanto a la estrategia, el documento se centra en una gran variedad de prioridades, desde los ataques a EEUU hasta las operaciones de contra-terrorismo, la difusión de las armas de destrucción masiva y la mejora de los sistemas de ciberseguridad, etc. Curiosamente, las tensiones geopolíticas, desde Rusia hasta Ucrania y el Oriente Medio, son tratadas en una sección separada, bajo el título de "Orden Internacional". El documento, en pocas palabras, renuncia a ponerlas a la cima de la agenda de seguridad internacional (deja en la penumbra cuales son de verdad las prioridades estadounidenses)<sup>119</sup>.

En conclusión: los últimos sucesos bélicos nos llevan entonces a repensar el ordenamiento internacional y, con ello, la figura del enemigo. El reciente "Global Risks 2015" del Foro Económico Mundial, avala esta hipótesis al avisar que para el año en curso los conflictos inter estatales son uno de los riesgos de mayor probabilidad<sup>120</sup>. El Nuevo Orden Mundial basado en el equilibrio unipolar merced a la incontestada supremacía militar americana, va desapareciendo. Occidente ya no puede "garantizar" la seguridad mundial, sino que está desgarrado por empujones centrípetos que lo hacen mucho más desordenado y prescindible<sup>121</sup>. El mundo, en la opinión de quien escribe, se está volviendo policéntrico, es

<sup>118</sup> Se afirma por ejemplo que, respecto al 2010, ahora EEUU se ha vuelto el más grande productor mundial de petróleo y gas y entonces, después de dos guerras en Irak y Afganistán, ahora América tiene la oportunidad de reconstruir su economía doméstica. El documento completo disponible en:

[https://www.whitehouse.gov/sites/default/files/docs/2015\\_national\\_security\\_strategy\\_2.pdf](https://www.whitehouse.gov/sites/default/files/docs/2015_national_security_strategy_2.pdf).

<sup>119</sup> El documento trata también de las relaciones bilaterales entre EEUU y Europa, definida como un "partner indispensable". La OTAN además, es vista como el pilar de una red de seguridad global. Se menciona (y es importante subrayarlo) que los EEUU tienen un interés significativo en la seguridad energética de Europa y deberían trabajar juntos para mejorarla (haciendo referencia a la dependencia energética de Europa con Moscú). Pues, la actual crisis con Rusia y, más genéricamente, el papel de Europa en la red de alianzas globales de EEUU son las dos columnas del planteamiento estratégico estadounidense hacia Europa. El espacio y la importancia dedicada a Europa es consistentemente mucho inferior a la de Asia, que los EEUU ven como una. Pues, queda claro que desde la perspectiva americana, Europa ya no es el teatro donde se determinan los grandes juegos de poder mundiales, sino que, también a raíz de la actual crisis ucraniana, el papel de Europa se "vuelve" importante a la hora de preservar el orden liberal internacional.

<sup>120</sup> "International Conflict Top List of Global Risks in 2015", en:

<http://www.weforum.org/news/international-conflict-tops-list-global-risks-2015>.

<sup>121</sup> Está claro que esta opinión no es compartida por todos. Ian Bremmer por ejemplo señala que EEUU sigue manteniendo el liderazgo mundial y que ello está generando más conflictos. De hecho, Estados Unidos sigue



decir, va progresivamente faltando un liderazgo global como el que antaño garantizaba la potencia americana. El multilateralismo baja, pero a la vez la creciente interdependencia entre las "viejas" y las "nuevas" potencias globales, llevan a suponer el nacimiento de un nuevo orden, y de nuevos enemigos<sup>122</sup>.

---

actuando de forma unilateral, a través de nuevos medios: espionaje, drones, guerra económica, alianzas regionales. La militarización, dice Bremmer, sólo se ha desplazado a las finanzas donde EEUU gobierna a través de políticas de zanahorias (acceso a mercados) y palos (sanciones), manteniendo una actitud unilateral, a pesar de un discurso de multilateralismo. Bremmer, Ian: "Top risks 2015", *Eurasia Group*, 5 de enero de 2015, en <http://www.eurasiagroup.net/pages/top-risks-2015>.

<sup>122</sup> Habrá que ver cuál será el nuevo orden geopolítico en el sur-oeste de Asia, donde Corea del Norte lleva acrecentando su potencial armamentístico y donde hay viejas e irresueltas disputas territoriales (como ejemplo valga la reciente pretensión de China de construir una pista de aterrizaje en un arrecife de las islas Spratly, en disputa con Japón, donde Filipinas se propuso en vano como mediador). Al mismo tiempo hay que tener en cuenta los cambios del sector energético que están teniendo lugar en África Oriental, el Golfo de México y Brasil, es decir, el descubrimiento de nuevas fuentes de energías en la ribera atlántica está reconfigurando la visión común de las relaciones transatlánticas. Por lo que respecta la confrontación militar, la *U.S.-China Economic and Security Review Commission*, en el último informe anual del 20 Noviembre 2014, dedica también espacio a las relaciones entre EEUU y China en materia de armamentos. La Comisión se declara preocupada ante la modernización de las fuerzas armadas chinas, cuyo presupuesto militar alcanzó los 131.000 millones de dólares en 2014. Aun así, es decir, aun considerando el incremento del gasto militar chino, hay que tener en cuenta que EEUU, con una población que es un cuarto la de China, invierte 1.000 millones de dólares anuales para armamentos y tiene además 576 bases militares en el extranjero, muchas de las cuales rodean China. Mientras China no dispone prácticamente de bases militares en su exterior. La Comisión entonces recomienda al Congreso aumentar el financiamiento para que EEUU pueda aumentar su presencia militar en la región Asia-Pacífico para balancear las crecientes capacidades militares chinas. Véase "2014 Annual Report To Congress": [http://www.uscc.gov/Annual\\_Reports/2014-annual-report-congress](http://www.uscc.gov/Annual_Reports/2014-annual-report-congress).